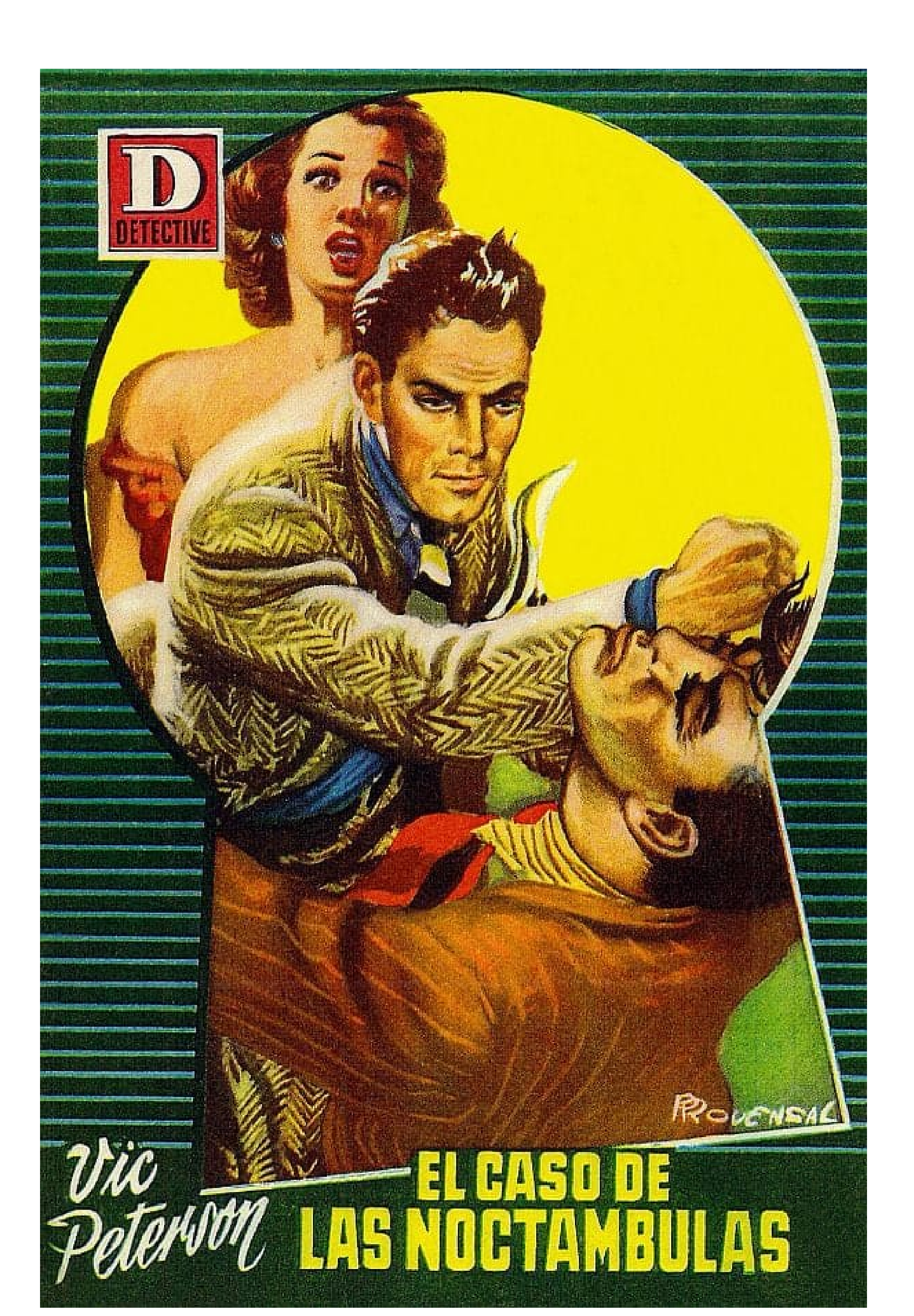

D
DETECTIVE
PROVENSAL
Vic Peterson
EL CASO DE
LAS NOCTAMBULAS

Sugerente narración que retoma personajes de novelas anteriores y que elabora una trama altamente compleja donde confluyen mujeres turbadoras, estafadores, espías y detectives que quieren imitar a los personajes de la novela y el cine negro.

Carl Baxter es un documentalista para el cine de Hollywood que se encuentra ejerciendo de detective privado en la agencia Flanagan tras los avatares de El caso del viudo alegre; asesorado por un viejo periodista, Agnus Alastair, decide imitar a los detectives del cine y de las novelas para crearse una personalidad profesional convincente.

Sentado en su despacho, recibe la visita de Marcia Wilmott, una rolliza y sensual taxidermista que viene a solicitar ayuda al detective tras haber advertido algo raro en las proximidades de su casa; imposibilitada de dormir por los lloros de unos niños gemelos, de noche descubrió a su madre, la señora Brent y a su esposo, Percival Brent, cargando el cadáver de Franklin Arliss, el primer marido de la señora Brent que había fallecido en Corea. Igualmente durante esa noche vio a otro vecino, John Smith, en una situación algo indecorosa con la bella y famosa cabaretera Deborah Dickson. Ella y su sobrina Bárbara son las noctámbulas del título que desencadenan toda la acción.

Poco después Baxter recibe la visita de Smith, quien le insta y amenaza a abandonar el caso y poco después también se encuentra con Cris Seldon, otro detective privado que le anima también a dejar la investigación; en realidad ambos creen que está investigando a Smith cuando en realidad su caso es el de los Brent. No obstante ello, el sorprendente suicidio de Smith le lleva a sumergirse de modo voluntario en este caso. Así, para sonsacar información, engaña y seduce a una compañera de *cabaret* de Deborah, la bella Junis Palmer descubriendo así que Seldon, Deborah y su marido, Dexter, tenían montado un entramado de chantaje donde ella seducía un hombre casado, Dexter aparecía como marido iracundo que aparentaba morir tras una reyerta y Seldon como el negociante que extorsionaba. Baxter desenmascara el caso y es brutalmente agredido aunque la intervención del FBI y

del agente Cardigan le salva. Recuperado, intenta resolver el caso de los Brent descubriendo, tras una inmersión en los más bajos fondos de San Francisco que la señora Brent y Percival Brent estaban legítimamente casados tras la aparente muerte de Arliss y que éste, prisionero en Corea del Norte, había aceptado convertirse en espía comunista para en realidad ser un topo infiltrado en la organización para así desbaratar los planes de los enemigos de América. La aparente muerte de Arliss fue una mascarada para engañar a la cocinera de la familia Brent y poder mantener así en secreto que Carliss estaba vivo para que así pudiese seguir su labor de espía.

Baxter, tras vivir situaciones de altísimo riesgo, se da cuenta de que la carrera de detective no es la suya; decide volver al amor de la bella Hazel, de la que se había enamorado en la novela anterior, mientras Marcia Wilmott y el agente Cardigan inician una sólida relación.

Buena novela con dos complejas tramas hábilmente dispuestas y resueltas; lo mejor del relato es la identidad de Baxter, detective ocasional que se ve inmerso en unas tramas que, aunque las sabe resolver, le desbordan por su complejidad y por el contacto que suponen con el mundo de la violencia, la delincuencia o el espionaje. En esa voluntad metaliteraria de imitar a los personajes de la ficción, Baxter recoge los tópicos del género y llega a actuar comme il faut, siendo especialmente sugerente su trato con las mujeres seductoras. El retrato de los bajos fondos es creíble y atmosférico y así, la taberna Punta lobos constituye un espacio descrito con notable intensidad. El desenlace de la novela, donde el héroe se asusta y decide volver al redil de la vida burguesa se cierra con un apunte crítico cuando su esposa, tras recibir un beso de Baxter:

«Mas pese al beso de sincero amor que recibió, Hazel Baxter pensó que en el porvenir iba a tener una rival difícil: la imaginación del que, en cierto modo, como Franklin Arliss, prefería la aventura a la placidez del matrimonio» (p. 127). Este beso burgués de Baxter, cuán distinto es del beso que puede imprimir en los labios de una cabaretera cuando ejercía de private eye:

—Me gusta siempre ir de frente, Junis. ¿Es éste el carmín del

fatídico trece?

Ella en pie, se tocó los labios, sonriente.

—Créalo o no, es mi color natural.

—Si pudiera comprobarlo, el reportaje quedaría mejor documentado.

—Sin insistir… —musitó ella, cerrando los ojos y adelantando el busto.

Se desprendió al cabo de un largo instante, para comentar:

—La censura no le admitiría esta escena, Carl. ¿Dónde le enseñaron a besar así? (pág. 57).

Resumen extraído de la página: http://peterdebry.blogspot.com.es/



Vic Peterson

El caso de las noctámbulas

Detective - 13

ePub r1.0
LDS 24.04.18

Título original: *The case of the weeping children*
Vic Peterson, 1953
Traducción: Luis Solas Lara
Portada: Provensal
Ilustraciones interiores: Macabich
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso de las noctámbulas
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Carl Baxter apartó las manos del teclado de su silenciosa «Remington», y tomó unas notas en el block para recordar que, a la mañana siguiente, debería consultar la Enciclopedia Británica.

Siguió mecanografiando la descripción extractada acerca del vestuario y el amueblado de los jefes wikingos, dejando en blanco el espacio correspondiente al material y color con que confeccionaban sus escudos.

No importaba que fuera ya el competente descifrador de enigmas, según declaró la prensa a raíz del Caso del Viudo Alegre. Continuaba interesándole el ser asesor histórico de una de las casas que, desde San Francisco, surtía de escenarios y decorados ambientados, a los estudios cinematográficos de Hollywood.

Aparte del buen ingreso monetario que suponía, le servía para calmar su espera de un caso que le hiciera, revivir sus emociones. En el fondo, y en sus instantes de sinceridad íntima, reconocía que seguía siendo un novato. Pero la prensa, al dar publicidad a su último éxito, no aludió a que era el primer caso en que intervenía.

Era pues en una pieza, el valiente, ingenioso y astuto detective privado Carl Baxter, de la «Agencia Flanagan».

Y encontraba muy provechoso pagar la abundante consumición de café que hacía el viejo *reporter* del sensacionalista «Globe», porque además de ser un manantial de informes y un compendio de cazurrería, el viejo Alastair, era un buen asesor también, aunque de historia actual.

Aquella misma tarde había asimilado una reiterada lección, entre los ruidosos sorbetones de café. Angus Alastair confesaba que su único vicio inmutable, era absorber el negro jugo, y más que beber parecía succionar como un gnomo goloso y pleno de

sabiduría maliciosa.

—Tú eres un muchacho bien educado, fino y sensible, Carl. Estarías encajado en la muesca metido en una Embajada, pero tuviste la desgracia de acertar en el asunto que le costó la vida a Flanagan. Ahora, si quieres prosperar, deberás barnizarte.

Carl Baxter asintió, y después de efectuar otro intento de sorber sin escaldarse, él periodista explicó:

—Cada profesión requiere su barniz. Los que vayan a consultar a la Agencia Flanagan, están ya influidos por sus lecturas policíacas, y se llevarían una desilusión, si les recibieras finamente. No les escupas, ni pongas los pies sobre la mesa, pero que tu barniz les de la impresión que eres el recio pistolero cerebral que ellos necesitan. Te ayuda el físico, muchacho. Eres guapo sin empalago, y comprendo que inspirases una arrebatadora pasión a Hazel… No respingues, que no estoy buscando el chisme publicable. Os ibais a casar, y no sé si para bien o para mal, sigues soltero. ¿Es indiscreta la respuesta a mi directa?

—Hazel puso como condición que yo abandonase la Agencia Flanagan. La quiero un rato largo.

—¿A cuál de ellas? ¿A la Agencia o a Hazel?

—Hazel opinaba que le sería insoportable pensar que yo podía correr riesgos. La cosa es que las sensaciones que uno percibe a medida que va poniendo en claro todo lo que separadamente es muy obscuro, son de un calibre especial, que excita agradablemente.

—Pero resultas una mala inversión para una compañía de seguros de vida. ¿Muchas visitas? El sitio es bueno. Tiendas en la planta baja, médicos, peluqueros, abogados y toda clase de sacacuartos repartidos por los pisos, hacen que un posible cliente no tema ser identificado en la visita a tu consultorio.

—Han venido algunos desquiciados, predominando el género femenino.

—Ya: la morralla común de esposas visionarias, y maridos recelosos. Se me olvidaba un avisó. Desconfía de tus colegas. Si pueden, te harán la zancadilla. Abundan en Prisco y no son tiñosos porque la envidia sólo estropea el hígado.

Como siempre, el escocéis inició un ademán de protesta, cuando, al levantarse, Baxter entregó al camarero el importe de los *tickets*. Y

como siempre, cuando en su despacho, cubrió la máquina y encarpetó los folios destinados a ambientar celuloide que iba a ser la droga universal, Carl Baxter pasó a la sesión de entrenamiento; el barniz.

El despacho era amplio, y en todo semejante a los de aquel rellano. A las nueve de la noche, cesaba toda actividad, pero en su anuncio la Agencia Flanagan especificaba que permanecía en funciones hasta las once.

Carl Baxter consideraba muy estúpido, escribir a máquina acerca de wikingos, llevando al hombro izquierdo el tirante que sujetaba la funda axilar. Pero si se presentaba un cliente, debía estar en situación de demostrar que no era un oficinista sino el astuto, valiente e ingenioso detective.

Dejando solo encendido el foco sobre la mesa larga, desde el sillón podía tocar el resorte que abría la puerta, y ver también dibujarse en la franja de cristal opaco a media altura de la pared frontal, y de la puerta, la posible silueta generalmente solitaria, de un cliente.

Sentado en el sillón, reclinado hacia atrás, con los pulgares atirantando en las sisas su camisa de seda gris, Carl Baxter declamó el monólogo adecuado para despedir a un marido inquieto:

—No me va la faenita, pero no le cobraré el soplo. Si su Julieta trota por senderos resbaladizos, no se rompa usted el cuello metiéndose en la gruta de algún bandolero que le cobrará las pestañas, explotando su recelo. Hágame caso, Romeo. Amarre a su hermosa al pie de la cama, en sus ausencias, y suéltela cuando regrese. Sea caña de azúcar, y…

Dejó Baxter de «barnizarse», porque una sombra chinesca despertaba repentinamente su excitada atención.

La franja de cristal opaco, exteriormente bañada en tenue resplandor por las luces del pasillo, recortaba una silueta. Un sombrero masculino, unas espaldas carnosas y un forcejeo.

Parecía como si el del sombrero quisiera seguir caminando y alguien se lo impidiese.

En la pantalla, un estirón de la silueta del sombrero, hizo aparecer la rémora que pretendía impedir su avance. Una silueta más pequeña, más esbelta, indudablemente femenina, porque indiscretamente, se perfiló una curva indiscutible.

La materia gris de Carl Baxter empezó a bullir buscando interpretaciones al espectáculo. ¿Una esposa tratando de impedir que su marido, padre o hermano acudiera a los servicios peligrosos de un privado?

Un empujoncito blando, y el del sombrero consiguió por lo visto, con algunas frases persuasivas o con tacos rotundos, pero inaudibles para Baxter, convencer a la poseedora de un busto muy apto para sobresalir en una pantalla.

Fué ahora en la puerta, donde el cristal opaco perfiló las redondas espaldas y el sombrero masculino. Una mano se alzó, y sonó el zumbador. La silueta femenina retrocedió, como resignada a lo inevitable.

Carl Baxter hizo funcionar el resorte, y abierta la puerta, penetró el visitante. Esperó un instante Baxter, pero al desaparecer por completo la otra silueta, soltó el botón, y la puerta se cerró.

Encendió también la luz central. El sombrero masculino, era impermeable, y cubría cabellos castaño obscuro, complementando la gabardina gris, también de corte masculino.

Pero era una mujer la que avanzó hasta sentarse en el sillón que en pie, cortésmente, señalaba Carl Baxter.

Una mujer de unos treinta y cinco años, de cara redonda, sin el menor rastro de polvos, carmín ni siquiera pinzas de depilar. Las cejas bien dibujadas, y naturales, no daban, sin embargo, sensación de poco femeninas.

Un poco gruesa para el gusto personal de Baxter. Unos ojos negros, inteligentes, y la nariz corta, de aletas vibrátiles: histérica o sensitiva.

También ella parecía dedicarse a hacer un breve retrato de su oponente. Llevaba al cuello un pañuelo de lanilla azul claro, donde destacaba un broche en forma de camafeo antiguo.

Las manos enguantadas de ante gris, reposaban sobre el bolso de piel de cerdo, grande, apropiado para contener muy diversos objetos.

Carl Baxter sonrió, y recordando el «barniz», al sentarse, comentó:

—Las damas primero, es mi lema, pero como veo que tarda usted en embarcar, toco el silbato. ¿En qué puedo serle útil, señora?

—Señorita Marcia Wilmott —declaró ella, muy seria. Su voz era

grave, decidida, pero había indecisión en sus ojos negros—. Supongo que todos dirán lo mismo al presentarse.

—Más o menos, señorita Wilmott. Empiezan por afirmar que su caso es excepcional, sin ser anormal, y que requieren la más absoluta discreción.

—Leí su actuación, y realmente demostró usted ser muy discreto y apto, señor Baxter. Un digno heredero de Bruce Flanagan, dijeron los periódicos. Murió aquí, ¿verdad?

Pese al sombrero y la gabardina, la pregunta acreditaba la femineidad de Marcia Wilmott.

Carl Baxter señaló con el pulgar, por encima de su hombro. El pulgar izquierdo, que así hacía resaltar más la automática, apuntaba, hacia un gran armario librería y archivo.

—En el compartimiento a mi izquierda. Allí estaba, con la cabeza destrozada, y me cayó sobre el hombro. Era un buen amigo, y me dolió. Bien, señorita Wilmott, ya que estamos de acuerdo en que soy discreto, y que su visita obedece a motivos realmente excepcionales, pasemos a ello.

—Mi sobrina no estaba conforme en que viniera a verle, señor Baxter.

—Pero se resignó y ha dejado el campo libre, separándose de usted, tras un último intento, a unos tres metros de la puerta.

En los ojos negros hubo luz de asombro y casi de admiración.

—¿Y por qué no estaba ella conforme? —añadió Baxter, sin aclarar aún el sencillo procedimiento por el que empezaba ya adivinando.

—¿Cómo supo usted que Bárbara me acompañó o, mejor dicho, me siguió cerca de esta puerta?

—Podría invocar el secreto profesional, pero tratándose de usted, como dicen los tenderos, le haré una rebaja. Observé el cristal, que apagada la luz aquí dentro, transparenta las figuras que por el corredor circulaban en los cuatro metros de mi propiedad.

—Bárbara opina que perderemos nuestra tranquilidad, si un detective privado investiga por Santa Clara. Y precisamente porque quiero recuperar mi tranquilidad, es por lo que estoy aquí. Pasan cosas desagradables en mi vecindad, señor Baxter.

—Antes de sumirme en su vecindad, le haré la pregunta ritual, señorita Wilmott. Si lo que sucede le atañe directamente y es de

orden inquietante, ¿por qué no recurre a las autoridades competentes?

—Debería efectuar una declaración en regla, y ello me crearía molestias. Me repugna también recurrir a la carta anónima, y por último puedo haberme equivocado.

—Tres razones muy sensatas, señorita Wilmott. Soy todo oídos.

—Como usted sabrá, en la punta Sur de la bahía, está el poblado de Santa Clara, un sitio ideal para aislarse, y disfrutar del campo junto al mar, a poca distancia de la ciudad. Hace cinco años compré un chalet en Santa Clara. El edificio más cercano, estaba a un centenar de metros, y al Este había unos pinares. No podía yo sensatamente oponerme a que un contratista edificara un chalet entre los pinares, al Este. Pero ignoraba el tormento que me iban a dar los niños llorones.

—¿Niños llorones? —repitió Baxter, con amabilidad.

—Verá usted. Yo no tengo nada en contra de los niños en general, pero mi sueño no es muy fácil. El más leve ruido me importuna. En mi chalet, además de mi criada Edna, alojé hará cosa de medio año a mi sobrina Bárbara, cuya familia reside en Carson. Bárbara está estudiando, música, y quiere obtener el diploma en la Academia de Sunkist, que al parecer, es como el espaldarazo.

—Comprendo que tenga usted dificultad en dormir, pero nos estamos apartando de los niños llorones.

Seguía ella muy seria, como si el sonreír le resultara penoso.

—Mi sobrina es una intérprete maravillosa, y tiene también, como yo, mucha sensibilidad artística. Y como a mí, el llanto de los niños rechinando por la noche, inesperadamente, le crispa los nervios. Con esa casa vecina, el contratista inició la construcción de otras, situadas de cien en cien metros, siempre hacia el Este. Una planta baja con jardín, independiere totalmente de la planta alta. Los inquilinos de la planta alta no son molestos, aunque de ellos le hablaré después.

Carl Baxter empezó a resignarse. Iba a oír extraños chismes de solterona insomne.

—Hace dos noches, como tantas otras, paseaba yo por mi estudio, porque me habían despertado los niños llorones. Viven en la planta baja, y no habrán cumplido los dos años. Tendrán unos veinte meses, dice mi sobrina.

—¿Los dos a la vez?

—En el poblado los consideran gemelos, y así lo hace creer la señora que los atiende. Pero no se parecen en nada.

—Bueno, si no son univulares… Muy interesante para un puericultor, señorita Wilmott, o para un vendedor de bozales aptos para nenes lactantes, pero hasta ahora no veo el motivo que justifique que usted se haya molestado en venir desde Santa Clara.

—Tenía que efectuar unas compras, señor Baxter. Hace dos noches vi perfectamente cómo la señora Brent y uno de sus dos maridos, enterraban en el jardín, un cadáver.

Carl Baxter repiqueteó con sus dedos sobre su oreja derecha.

—Pido, perdón, pero el tímpano, a veces, se me obstruye. ¿Oí mal, o dijo usted los dos maridos de la señora Brent?

Ella con expresión triunfante, pero siempre muy seria, especificó:

—Lo repito. En cierto modo, considero muy decente a la señora Brent, y debo, por tanto, suponer que si por las noches, un hombre que no es el que de día besa a la señora Brent, como esposó, acude y la besa a ella…

—Puede ser su hermano.

—Hay besos, y besos, señor Baxter.

Rió Baxter, pero ella, con dignidad, añadió:

—Le ruego que no me dificulte lo que tengo que decirle, señor. Baxter. La señora Brent alquiló o compró la planta baja hará un par de años. Presentó como su marido al que hace dos noches fué enterrado por ella y el último marido, el señor Brent.

—Trataré de demostrar que no soy obtuso. Usted intenta explicarme, que hace unos dos años, la señora Brent apareció sin críos, y con un esposo, legítimo o a prueba, que hace dos noches, fué enterrado en el jardín. ¿Cuándo apareció en el chalet el segundo esposo, el enterrador?

—El señor Percival Brent vino con ella, hará unos dos meses. El chalet en su planta baja permaneció desocupado, cuando la señora Brent se marchó al poco tiempo de adquirir la planta baja, y cuando ya hacía unos días que no se veía por la casa a su primer acompañante, al que presentó como su marido, señor Franklin Arliss.

—Déjeme tomar apuntes, y quizá así vaya entendiéndolo. Hace

dos años, la señora aparece sin críos y con un marido llamado Franklin Arliss, marchándose ambos al poco tiempo, él primero. Y hace dos meses, la señora ha reaparecido con un segundo marido, llamado Percival Brent, y usufructuando dos niños de la misma edad, que se pasan la noche produciéndole insomnio. ¿He captado la onda hasta aquí?

—Ha resumido perfectamente la situación.

—Permítame, entonces, llevar la brújula. ¿Cuándo vió usted de nuevo al llamado Arliss, cuyos besos no eran fraternos?

—Exactamente el viernes catorce, y lo recuerdo con precisión, porque fué el día que entregué la pareja de periquitos.

—Dios me ilumine —murmuró Baxter, con cierta escama.

O Marcia Wilmott era muy inteligente y sabía adivinar el pensamiento ajeno, o era muy expresivo el rostro de Baxter, porque ella aclaró:

—Usted mismo reconoce que sus visitantes acuden porque algo anormal ha roto la trivialidad de sus existencias. Me enorgullezco en obtener buenos ingresos mercantilizando dos artes: flores artificiales, y disecar. Abunda más de lo que puede imaginarse usted, la gente que tiene un gran cariño por los animales, y cuya muerte les produce infinita pena. Yo me he especializado en disecar artísticamente, y en mi estudio podrá usted comprobar que sé dar el toque de vida a mis obras.

—Gracias. Estábamos, pues, en que el viernes catorce, día en que usted conservó para la posteridad dos periquitos queridos, vió después de su larga ausencia a Franklin Arliss. ¿Cómo, dónde y a qué hora?

—Mi estudio está en lo alto de mi chalet. Un desván, única habitación en lo que podríamos considerar la tercera planta. Disfruta de mucha luz, y desde él veo perfectamente la bahía y todos los edificios de Santa Clara. El viernes, catorce, a las cuatro de la tarde, la señora Brent paseaba por el jardín, empujando el cochecito con los dos niños. Fué entonces, cuando un coche se detuvo, y de él descendió un hombre, con el cuello del abrigo alzado y el sombrero muy echado sobre el rostro. Lo reconocí perfectamente cuando llegó juntó a la señora Brent, y aunque ella no hubiera manifestado tan a las claras su asombro, casi su terror, también habría reconocido al señor Franklin Arliss. Ella, se quedó

como petrificada, y él la abrazó y besó. Después, fíjese bien en esto, se inclinó sobre el cochecito, y con el índice apuntó alternativamente a los dos niños. Era como si preguntara. La señora Brent, que parecía a punto de desmayarse, señaló a uno de los dos niños; el de cabello rubio. Entonces, el señor Arliss lo cogió, abrazándolo. No tuvo para el otro ni un gesto ni una caricia. Entraron en la casa, y ya no vi más.

—¿Cuanta servidumbre tiene la señora Brent?

—Una cocinera negra, y una niñera de pocos años. Ninguna de las dos estaba presente.

—Arliss y la señora Brent entraron en la casa, con los dos niños. ¿Cuándo volvió a ver a Arliss?

—No negaré que soy curiosa.

—Lo hubiera sido yo también, en un caso parecido.

—El señor Arliss salió hacia las siete, cuando era plena noche. El señor Brent no suele regresar antes de las ocho. Trabaja aquí en esta ciudad. Tiene un comercio de artículos deportivos. El señor Arliss salió apresuradamente, y partió en su coche. A la tarde siguiente, no me avergüenzo en reconocer que espié, así como las otras dos tardes siguientes. Pero no volví a verle, hasta la noche del cuarto día, anteayer. Los niños lloraban, y me desperté. Cuando los niños iban calmándose, vi entonces al señor Arliss.

—De noche y desde su tercer piso, señorita Wilmott, ¿cómo sabía que era Arliss?

—Era alto y muy flaco, y tenía el cabello rojizo. Estaba doblado sobre el hombro del señor Brent, y le colgaban brazos y piernas. La señora Brent estaba a un lado, y fué ella la que abrió dos maderas de un compartimiento del invernadero. Penetraron dentro, y volvieron a salir solos los dos, el señor Brent y su esposa. El señor Brent ajustó la barra de hierro sobre las dos maderas.

—No contestó a mi pregunta, señorita Wilmott. Era de noche, y sin embargo, usted detalla con precisión. ¿Consultó el calendario meteorológico, para comprobar la fase de luna y la serena placidez de la noche del diecisiete?

—Había, en efecto, la suficiente claridad lunar, para poder, con unos prismáticos, percibir cuanto sucedió.

—Me agrada su valiente sinceridad. La noche del diecisiete, pues, todo parece indicar que Percival Brent, en colaboración o

contra la voluntad de su esposa, enterró al pelirrojo Arliss en el invernadero. ¿Por qué dijo «enterraron», y no «encerraron»?

—Entre el momento en que penetraron en el interior y salieron, transcurrieron más de veinte minutos. Y en el invernadero, al día siguiente vi entrar a la cocinera. Y han seguido haciendo una vida normal, sin que apareciera la policía, lo cual demuestra que la cocinera no vió nada.

—O que sea cómplice. Aludió usted a su tranquilidad, señorita Wilmott, cuando iniciamos nuestra amena charla, y a la oposición de su sobrina Bárbara.

—Si la señora Brent debe ausentarse, ya sea yendo a la cárcel o por el escándalo cuando se descubra la muerte del señor Arliss, quedaré libre de la vecindad de los dos niños llorones. Mi sobrina se oponía a que viniera a visitarle, alegando que un hombre honrado que por accidente se convierte en asesino, puede ser peligroso, si averigua que yo fuí testigo.

—Un riesgo del que quedaba usted a cubierto, yendo a la policía, que visitando, el invernadero… Un momento, ya comprendo. Usted supone que es posible que en las raras horas que usted durmiera, Brent sacara el cadáver, y lo escondiera en sitio seguro, y que al no encontrar la policía el cuerpo del delito, pediría excusas a Brent, considerándola a usted una solterona maniática atacada de sonambulismo pernicioso para la vecindad. Pero que después, se vería en peligro en cualquier esquina obscura, si tropezaba con Brent.

—Ha expuesto usted con precisión mi dilema. ¿Puedo inquirir cuáles son sus honorarios para realizar una indagación discretísima?

—Depende de su sensibilidad y de la mayor o menor expansión sonora de los berridos infantiles. En realidad, a usted, además del natural impulso de que un asesino sea castigado, lo que le interesa es que los dos niños pidan el biberón a una distancia adecuada. ¿Qué distancia hay desde su chalet a la planta baja de los Brent?

—Unos diez metros apenas. Pero por la noche, en pleno silencio, usted ignora el volumen sonoro y discordante que puede alcanzar un llanto infantil. ¿Sus honorarios?

—Si los dos niños se van a llorar a otro sitio, me firmará usted un cheque por quinientos, siempre y cuando, tomen sus maletas antes de siete días.

—No considere impertinente que inquiera cómo piensa usted iniciar sus investigaciones.

—De un modo lo más natural posible. ¿Tiene inconveniente en invitarme a pasar unos días, con sus respectivas noches, en su chalet? Iría mañana por la tarde, y podría usted anunciar en el poblado, por las tiendas, que soy su sobrino. Tenga presente, que si los Brent están inquietos, como es de suponer, la llegada de algún curioso les pondría en guardia. No recelarán de un sobrino suyo, y desde su chalet, puedo con más facilidad efectuar más sondeos.

Marcia Wilmott se levantó. Era rolliza, y pese a su indumentaria, femenina.

—No lo considere gazmoñería, pero tendré que pensarlo, y consultar también con Bárbara y Edna.

—¿Quién es Edna?

—Mi ama de llaves. ¿A qué hora podría darle mi respuesta, señor Baxter?

—Mañana de tres a cinco, estaré aquí, porque tengo que terminar un trabajo sobre los wikingos. Bien, le devuelvo la sorpresa de los periquitos. En mis horas ociosas, soy asesor histórico de películas.

—Si mi respuesta fuera negativa, señor Baxter…

—No se preocupe. Ya encontraré el medio de visitar Santa Clara, de un modo inocente. Son múltiples los recursos al alcance de un hombre emprendedor.

La acompañó hasta la puerta. Ella se detuvo de pronto:

—Me olvidé de hablarle de los inquilinos de la parte alta.

—¿Tienen relación, con los Brent y el invernadero, o también poseen nenes chillones?

—Estaban ausentes el viernes catorce, pero una de las dos hijas, estaba como siempre recluida y…

—Creo que los inquilinos del primer piso pertenecen a la crónica puramente original, pero pueblerina. De momento, señorita Wilmott, déjeme asimilar lo referente al trío Arliss, Brent y esposa. Posiblemente mañana, tendré que hacerle algunas preguntas, que ahora prepararé. Y tranquilice a su sobrina. Va en contra de mis intereses, propagar lo que me confían. Y antes de cederle el paso, señorita Wilmott, ¿no me considerará un estúpido si le pregunto algo que me intriga?

—Vine dispuesta a contestar todas las preguntas.

Sonrió Baxter, y ella pensó que aquel detective privado, tenía una gran semejanza con el actor Kirk Douglas. Hasta el mismo hoyuelo en la barbilla.

—Bien. Omitiré la pregunta, pero aludiré a una simple cuestión de estética. Préndale fuego a este sombrero, bien enrollado en la gabardina, y el mundo masculino se lo agradecerá mucho.

Por vez primera, ella sonrió:

—Por ahora, prefiero continuar soltera, señor Baxter. Buenas noches.

—Éstas le deseo, si los niños llorones no se oponen, señorita Wilmott.

Ella salió, y cerrando la puerta, Carl Baxter, tuvo un absurdo pensamiento. Estaba quitando un sombrero varonil, una gabardina, y prefirió no continuar en su mental descubrimiento de una femineidad poderosa, embriagadora y sabrosa como la manzana sazonada que se oculta bajo una superficie poco atractiva.

Se sentó, y volvió a apagar la luz del centro. Con el lapicero fue tocando diversos lugares de la hoja recientemente escrita en el block.

—Arliss aparece y desaparece. Ella se va, y reaparece con Brent…

Se interrumpió, cerrando el block, y colocándolo en un cajón.

Las sombras chinescas se reanudaban. Un hombre, indudablemente, que pulsó el timbre. Estaba detenido ante la puerta, y sin embargo unos pies se deslizaban sin cautela, con taconeo normal, y se detuvieron también, a poca distancia. No se transparentó la silueta. Esperaba.

¿Esperaba al que iba a entrar?

Carl Baxter pulsó el botón que abría la puerta, encendiendo a la vez, la luz central.

CAPÍTULO II

El hombre que entró era elegante y bastante joven. Unos veinticinco años, moreno, y respirando bienestar material.

Dejó Baxter unos instantes el dedo sobre el botón, pero el segundo frecuentador del pasillo seguía al exterior, a unos pocos metros de la puerta. Cerró Baxter.

—Buenas noches —saludó el recién llegado, con amable entonación, mientras avanzaba—. Supongo que tengo el honor de hablar con Carl Baxter, de la Agencia Flanagan.

—El honor no sé, pero no me cabe duda de quién soy. Puede sentarse, señor…

—Smith, John Smith —declaró el elegante, sentándose. En sus ojos obscuros había un destello de repentina ironía, substituyendo brevemente, a una evidente inquietud.

—No es obligatorio que me diga su verdadero nombre. Adelante, amigo. Soy todo oídos.

John Smith, que había desabrochado su impecable abrigo de un gris plata, liviano, más que sonreír tuvo un rictus al levantar la diestra.

—Espero no suscitar en usted el deseo de emplear el arma visible, si me llevo la mano al bolsillo, Baxter.

—Doy ventaja —dijo, secamente, Baxter.

No le gustaba aquel visitante. Era una mezcla de señorito cínico, y de jovenzuelo asustado.

—Quisiera sacar mi cartera.

—Hágalo, Smith.

John Smith extrajo una cartera-billetero. La abrió y fué contando billetes, hasta sacar cinco que colocó de canto sobre la mesa. Eran nuevos, y muy pulcramente se sostuvieron verticales,

formando un ángulo casi recto.

—Son quinientos dolares, Baxter.

—Hay verdades que son axiomas impepinables, Smith.

—Son suyos.

—Los sacó usted de su cartera, Smith.

—Y sacaré otros tantos, si renuncia a prestar crédito a las alucinaciones de una solterona que me tiene antipatía.

—La antipatía es un sentimiento provocado y que no nos podemos impedir.

—Seré claro, Baxter. Acaba de salir de este despacho Marcia Wilmott. Es un axioma impepinable como dice usted. Ignoro lo que haya podido decirle ella, pero es mentira.

John Smith se esforzaba en aparentar jovialidad, pero desmentía su esfuerzo, la incertidumbre de sus pupilas inquietas.

—Una mentira de solterona que usted valora en quinientos, y la mentira de un Smith también valorada en otros quinientas, empieza a parecerme un cúmulo de verdades.

—Seré claro, Baxter.

—En los banquetes, el homenajeado afirma que será breve en su discurso, y luego habla dos horas.

—Me supuse que usted sería difícil de convencer, pero estoy dispuesto a pagado bien. Las invenciones de Marcia Wilmott pueden perjudicar a una dama.

—Me enternece su galantería, Smith, y pasemos al terreno, de las suposiciones. Suponiendo que Marcia Wilmott me haya visitado, y suponiendo que me haya contado mentiras, ¿qué le hace suponer que me haya, hablado de usted?

—Resido temporadas en Santa Clara, y creo que ella presenció cierta escena, que no es delictiva, pero que como le he dicho, podría perjudicar el buen nombre de una dama.

—Sigamos suponiendo. Si recojo los mil que me ofrece, Smith, ¿qué debo vender a cambio?

—Simplemente, repetirme lo que dijo Marcia, y darme por escrito su renuncia a aceptar el hacer investigaciones por cuenta de Marcia Wilmott. Estoy dispuesto a entregarle dos mil dolares. Reconozca que soy generoso. Para ganarse tan fácilmente dos mil dolares debería usted sumar mucho.

—Seguro que sí, pero no de miedo. Usted, señor Smith, apesta a

sudor de pánico.

El rictus de John Smith fué ahora un prodigio de avinagrada antipatía.

—Escuche, amigo. Tengo influencias, y puedo muy bien complicarle la existencia, si no atiende a buenas razones. No se haga el remilgado, coja mi dinero y…

Carl Baxter disparó el índice izquierdo, empleando por catapulta el pulgar. Los cinco billetes salieron proyectados hacia el regazo del visitante.

—Tiene usted la torpeza de un elefante en una cacharrería, joven Smith. Mi sensibilidad artística se crispa al oír su llantina de niño mal acostumbrado. Porque hasta amenazando, parece usted a punto de berrear como un par de gemelos que no son gemelos.

Lívido, en pie, John Smith se olvidó de recoger los billetes. Masculló:

—Si no llevara usted tan a lo fachendoso esa pistola, le iba yo a dar lo que se merece.

—Si lo merezco, sea recompensada la virtud.

Carl Baxter se sacudió el tirante, dejando caer funda y contenido sobre la mesa.

Dió un rodeo, y John Smith retrocedió…

—Aquélla es la puerta, Smith, si no quiere darme la medalla al mérito.

—Perdóneme si fui un poco incorrecto señor Baxter.

—Lo dejaremos en rabieta de niño llorón.

Forzando una sonrisita, John Smith quiso bromear:

—No es usted ningún viejo, señor Baxter.

—En sabiduría, sí, cuando estoy frente a un majadero. No sabe usted mentir, señor Smith. Puede volver a sentarse, si se porta bien. Pero no vuelva a hablar cómo si yo fuera un ansioso de que me regalen dinero, sin sudarlo.

John Smith cayó más que se sentó, y al aplicarse las dos manos sobre las sienes hizo resbalar sobre su nuca el sombrero gris, que quedó entre el respaldo y sus hombros.

Ignorando por qué, Carl Baxter no sintió la menor compasión.

—No recurra a la tragedia, Smith.

—Es que… estoy perdido si la maldita Marcia sabe que yo… Por favor, señor Baxter, ayúdeme.

Volvió a erguirse, implorante el rostro.

—Así nos podremos entender mejor, amigo. Si está a mi alcance ayudarle, no tengo inconveniente. Dígame con claridad en qué ha de consistir mi ayuda.

—Pagaré cinco mil dolares por sus servicios, señor Baxter, si usted se ausenta de California una temporada, y recomienda a Marcia los servicios de otro detective.

—¿A quién he de recomendar?

John Smith volvió a recuperar su habitual carácter, pasado el breve instante, de sinceró abatimiento.

—Recoja los billetes, Baxter, y saque la pluma. Tendrá que escribir que reconoce que le ha visitado Marcia Wilmott, cuyas confidencias, totalmente desprovistas de fundamento, y propias de una imbécil…

Carl Baxter, sentado en el borde de la mesa, chasqueó los dedos, a la vez que señalaba la puerta:

—Andando, Smith. Es usted uno de esos fulanos que metidos en agua hasta el cuello, y pidiendo socorro, le inspiran a uno el pensamiento de que el agua está muy mojada, y que no vale la pena…

John Smith había arremetido en embestida traicionera, pero Carl Baxter, aunque novato tenía ya asimiladas lecciones de Flanagan y del periodista cafetómano.

Cuando los puños de Smith tenían que encontrar cara y estómago, el pie derecho de Baxter chocó limpiamente en punterazo contundente con el estómago de Smith, que se encogió, inclinándose repentinamente.

Ofreció una nuca tentadora, y Baxter no pudo evitarse un cierto placer al abatir los dos puños, uno tras otro.

John Smith quedó de bruces, plenamente fuera de combate. Carl Baxter recogió los cinco billetes, introduciéndolos en el bolsillo del abrigo, cuando hubo dado vuelta al desvanecido.

Le abrochó el abrigo, y sujetó el cuello por la nuca. Alargó el brazo para colocarse el tirante y luego, recogiendo el sombrero, lo colocó sobre el pecho de John Smith.

Le arrastró, sintiendo crujir la tela por las sisas, y abrió la puerta, pero no siguió de espaldas, sino que dejando caer el busto del visitante, al soltar el asidero del cuello del abrigo, se inclinó

para empujar por los tobillos.

Estaba alerta, pero terminó su tarea, sin que apareciera nadie. Sin embargo, cuando en postrer empujón, logró sacar por entero al inconsciente Smith, estando como estaba inclinado, atisbo un instante a unos cuatro metros, la presencia inmóvil de otro individuo.

Zapatos marrones necesitados de un lustre, pantalón de franela marrón y el borde de una gabardina azulada.

Retiró manos y busto, y cerró la puerta.

Caminó hacia atrás, tras haber bajado la palanquita del interruptor que apagó la luz del centro.

Una silueta en sombra chinesca corrió hacia la puerta inclinándose.

Carl Baxter volvió a sentarse. Empezaba a interesarle mucho la historia de la señora Brent y sus dos maridos.

Pasaron unos minutos, y por fin, dos siluetas se dibujaron. Una de ellas muy abrazada a los hombros de la otra, que la llevaba amorosamente, lejos de la puerta.

Carl Baxter miró su reloj. Las diez y veinte. Quedaban cuarenta minutos de «consulta».

El que esperaba fuera y se llevó al contuso señorito, intentaría a lo mejor ser más convincente. Telefonearía, o esperaría de nuevo.

Monologó:

—Cinco mil dolares a cambio de recomendar a Marcia un detective que la engatusaría haciendo ver que seguía pistas, y a lo mejor… o, no pienso por ahora recurrir a tapar la boca a Marcia violentamente. El señor Brent no es un asesino, sino un hombre rico que está apurado porque su esposa o él mismo se han dado cuanta que Marcia pudo verles. Y el señor Brent encarga a un detective sucio que vigilé a Marcia…

Y agregó, mirando al cristal de la puerta:

—Hazel, eres preciosa, pero dudo que pudieras proporcionarme estas emociones.

Pulsó el resorte, respondiendo a la llamada.

El individuo que entró no era un atleta mal encarado, y sin embargo, daba la impresión de energía y de ser peligroso.

De mediana estatura, delgado, calzaba zapatos marrones deslustrados, y su pantalón de franela marrón, resaltaba en

contraste con la gabardina azul.

Rodeaba su cuello un pañuelo de seda gris, y sobre el pelirrojo cabello, llevaba un sombrero azul, bastante manoseado.

El rostro enjuto, de rasgos afilados, plasmaba una granujería simpática. Avanzó decidido, hasta sentarse.

—Hola, Baxter. Somos colegas, y estarás más a gusto conmigo, qué con ese jovenzuelo malcriado, irritable y torpe que acabas de despedir. Me llamo Cristopher Seldom, pero en la placa de mi despacho para ahorrar dice que Cris Seldom es un discreto detective privado.

—Hola, Seldom. ¿Eras tú, entonces, el que esperaba fuera los resultados de la diplomacia a golpes de billete de tu cliente John Smith?

—Ya me echaste la vista encima, mientras sacabas a ras de suelo, a mi cliente. ¿Un pitillo?

—Gracias, ¿fuego?

—Gracias. Tienes el brazo largo, Baxter. Pero eres nuevo en el oficio. Reconozco que estuviste genial en el asunto del viudo Brandon, pero yo llevo cerca de diez años de oficio.

—El discípulo te escucha, y sin guasas. Los novatos inteligentes, como yo, deben oír con la máxima atención a los veteranos.

—Le dije al muchacho que te ofreciera hasta cinco mil, para sacarte de encima a Marcia Wilmott. Lo tomaste como un soborno, y le diste una paliza.

—Un puntapié y dos puñetazos. Más que por honradez ofendida, por pura antipatía, porque siempre me molestan los que son cobardes. Y tu cliente lo es. Se achica tras amenazar, y cuando le ofrecen la pipa de la paz, se crece.

—Cierto que es un muchacho algo tonto. Precisamente, fué una tontería lo que hizo. Debemos hacer dos clasificaciones, Baxter, en los delitos. Hay el crimen puro, sin atenuantes, y existen homicidios por imprudencia. Por ejemplo, no calificarás del mismo modo al que conduciendo un coche atropella, o al que en una pelea mata como al que, por robar, asesina. El muchacho cometió una imprudencia, y quiso que yo le sacara del atolladero. Pero me dijo que era posible que Marcia Wilmott acudiera a la policía. Yo me lavé las manos, y le aseguré que si Marcia Wilmott iba a la policía, lo mejor que podía hacer era salir de los Estados. Compréndelo…

No es un asesino. Y yo estoy tratando de arreglar el asunto. Al ver que Marcia Wilmott entraba aquí, a las nueve y media, le dije al muchacho lo que tenía que hacer. Procurar convencerte de que tuvieras benevolencia, puesto que tú mismo te podrías ver en un caso como él.

—Yo soy soltero, Seldom.

—No importa. Bien, entre colegas podemos tener franqueza. ¿Piensas hacer averiguaciones de acuerdo con lo que te ha confiado Marcia Wilmott?

—Si tú crees que realmente el muchacho es un ángel, y tiene atenuantes llévalo a la policía. La confesión espontánea ha valido muchas absoluciones, si el jurado aprecia las atenuantes.

—El muchacho es muy rico, y la sola idea de estar una temporada en la cárcel le da fatigas. Yo no he venido a sobornarte, Baxter.

—Pero fijaste de tope cinco mil.

—Si a la vez haces una obra de caridad, no vendrían mal.

—Tu concepto de la caridad es gracioso, Seldom. El que con un coche atropella, si rehúye la responsabilidad, no me inspira compasión. El que en pelea mata, sale absuelto. Si tu muchacho es tan comodón que le da mareos la idea de esperar que la justicia, lo absuelva, es del género que me asquea.

—Me vas a hacer perder unos buenos billetes, Baxter, y la vida está difícil. En nuestro oficio, a veces, nos necesitamos. Si el muchacho tiene que huir, pierdo una ganga.

—Ya encontrarás otra.

—Esto significa que vas a aceptar servir de sabueso a la Wilmott. ¿Qué le va ni le viene a ella en todo esto?

—Supongamos que es una señorita muy normal, con simple espíritu ciudadano, que estima que matar es un deporte poco elogiable.

—¿Por qué no acude a la policía?

—También a ella, y con más razón porque es mujer, le pueden dar fatigas si ha de verse ante rigurosos y matemáticos policías.

—Reflexiona un poco, Baxter. Si mi cliente fuera un vulgar criminal, ¿crees que Marcia Wilmott hubiera llegado hasta tu despacho?

—No creo que entre en los cálculos de James Parker… perdón,

de John Smith, matar sucesivamente a Marcia Wilmott, Bárbara la sobrina, y Edna el ama de llaves. Como tampoco pensó que era posible sobornar a tres mujeres, y seguramente tú le sugeriste, que si yo recomendaba al detective Cris Seldom, Marcia Wilmott perdería su tiempo, y llegaría un momento en que dudaría hasta de si era disecadora y florista.

—Entonces, supongo que vas a participar a la policía todo el asunto.

—Tan pronto posea los datos necesarias, creo que será mi alegre deber.

Cristopher Seldom se levantó, sonriente, sin fingimiento.

—Gane el mejor, Carl. Yo te prometo que menos matar a la Wilmott y sus dos inquilinas, ni darle tu compañía a Flanagan, emplearé todos los recursos posibles. Naturalmente, eres libre de ir a la policía, y contarles mi imprudente visita, pero tú eres del género bueno, entusiasta y juvenil… como lo era yo cuando empecé. Tú quieres demostrar que Marcia presenció un crimen, y yo procuraré evitarlo. No me siento en absoluto el encubridor de un criminal, sino el defensor de un alocado irresponsable. ¿Buenas noches o quieres decirme algo, Carl?

También en pie, Carl Baxter dijo sinceramente:

—Buenas noches, Cris. Lo siento, y como dicen en el *ring*, que gané el mejor. Acertaste en tu suposición de que no iré con el cuento de los niños llorones a la policía. Para eso, no haría falta que hubiese heredado el despacho de Flanagan.

—¿De qué niños llorones hablas? —inquirió, perplejo, Seldom, dirigiéndose a la puerta.

—Seamos discretos, colega; seamos discretos.

En la abierta puerta, Cristopher Seldom insinuó:

—En el listín me encontrarás, Carl, si cambias de parecer. Sabes perfectamente que si puedes demostrar algo, me veré un poco liado con los federales.

—Te retirarán la licencia, y por encubridor no te pueden obsequiar con mucho más de diez años. Y eres aún joven.

—Tu buen humor es como el sonrosado destello del diamante, frío y duro. Pero yo no soy el muchacho. Sé ganar y sé perder. Procuraré que pierdas, Carl.

—Si aguardas un segundo, me coloco la americana y demás

prendas, y salimos juntos. Rondan las once, y con tres visitas me ha bastado.

Poco después, en el corredor, hacia el ascensor, comentó Seldom:

—Estás bien situado. Cuando quede vacante tu despacho, tal vez lo ocupe.

—Si no te puedo avisar, ya leerás la esquela.

En la calle, mostró Baxter su dos plazas: un «Mercury».

—¿Dónde te dejo, Cris?

—Iré a pie. Es bajada, y además el paseo me permitirá meditar. Siempre lo hago antas de acostarme.

—Comprendo que irás mucho mejor en aquel soberbio «Packard», donde si mis ojos siguen en forma, el que está al volante, debe tener dolor de estómago, porque casi se abraza, al volante.

—Llegarás lejos, Carl. Pareces estar en las nubes, pero pisas sólido. Buenas noches.



No quisiera haberte proporcionado molestias.

Cris Seldom atravesó la calle, y entró en el «Packard» por el lado del volante, empujando a John Smith. Arrancó calle abajo:

Carl Baxter decidió que una noche de reposo, en su habitación, donde no se oían llantos infantiles, le prepararía para un día activo. Iba vislumbrando que, en breve, Marcia Wilmott dormiría apaciblemente.

CAPÍTULO III

Con el desayuno abundante, Carl Baxter tenía por costumbre hojear el «Globe», y el «Daily Herald». Leía todos los titulares y, raramente, el texto que correspondía, salvo que fuesen muy interesantes.

Mantuvo en suspenso el tenedor con la loncha de jamón ahumado, y sacudió la cabeza como quien, buen encajador, recibe un directo inesperado.

En primera plana del «Globe», el sensacionalista «amarillo», del que era redactor Angus Alastair, el titular de la tercera columna, decía:

«MISTERIOSO SUICIDIO DE JOHN SMITH»

La foto que contemplaba atónito Carl Baxter, era bastante buena. Reproducía exactamente los rasgos faciales del cliente de Cris Seldom.

Leyó ávidamente, en busca del apellido Brent.

Pero el reportaje no aludía una sola vez a Percival Brent.

> «En el cruce de la carretera general del Sur con la secundaria que conduce a Santa Clara, ha sido hallado a las dos de la madrugada por un motorista del tráfico, el cadáver de John Smith, joven deportista acaudalado, muy conocido en los mejores círculos sociales de la ciudad.
>
> »El forense ha establecido sin lugar a dudas, la tesis de suicidio. El cadáver presentaba una sola herida en la sien derecha, y John Smith sostenía la pistola con la

que disparó, quitándose la vida.

»El teniente Ludwig Cardigan, del distrito federal, en cuya demarcación fue hallado el cuerpo de John Smith, ha iniciado sus pesquisas. A la hora de cerrar la presente edición, podemos anticipar que la joven y, hermosa Doris Smith, desconsolada, se niega a admitir la evidencia del suicidio.

»John Smith poseía bienes de fortuna, excelente salud y gran simpatía personal. ¿Qué incomprensibles móviles le impulsaron a quitarse la vida? A esta pregunta, contestaremos tan pronto el eficiente teniente Cardigan, informe a nuestro periódico».

Carl Baxter dobló el periódico.

Había perdido el apetito. Tenía un regusto de ceniza en la boca. Si la noche anterior, no hubiera sido tan insobornable, ¿habría muerto John Smith?

Pensó que quedaba excluido de toda responsabilidad, puesto que John Smith contaba con el apoyo de Cris Seldom.

Se dirigió a su despacho, donde, apenas llegó, consultó el listín. Marcó los números correspondientes a la dirección de Cristopher Seldom.

—Seldom al habla.

—Baxter. ¿Dónde nos vemos?

—¿Para qué?

—John Smith.

—¿Quién es ése? Creo que se equivoca, señor. Ni sé quién es Baxter, ni sé quién es John Smith. Sólo sé que me llamo Cris Seldom.

Colgaron.

Carl Baxter abandonó su despachó, y poco después detenía el «Mercury» en uno de los escasos aparcamientos de Chinatown. A pie, penetró en la estrecha callejuela, donde, junto a una tienda de ropas usadas estaba el zaguán maloliente que daba acceso, por una escalera de madera, al piso en cuya puerta se leía:

«CRIS SELDOM.

»Investigaciones de garantía».

Empujó la puerta. Un mostrador, tras el que una enfermiza adolescente, pareció repentinamente atacada de furia destructiva contra la hasta entonces despreciada máquina de escribir.

Al fondo, una puerta repetía el rótulo de la primera.

—Buenos días, señor. ¿Diga, señor? —solicitó la mecanógrafa, como si fuera cortés pero lamentaba la interrupción.

Carl Baxter empujaba ya el batiente del mostrador, y llegaba a la puerta, oyendo a su lado, las protestas menos corteses de la mecanógrafa:

—El señor Seldom está muy atareado, y además, ¡vaya modales! Podría usted pedir, al menos…

La puerta se abrió, y Cristopher Seldom, dedicando un guiño amistoso a su secretaria, invitó:

—Pase usted, señor. El tiempo es plata, y tiene usted prisa.

Entró Baxter. Un despacho tan impersonal como el suyo, pero carente de limpieza y en sus reducidas dimensiones, casi asfixiante. No había ventana alguna, y la luz eléctrica brillaba a aquella hora mañanera.

—No juegas limpio, Seldom. Ayer noche me conocías.

—Y aquí dentro, también. Por teléfono no, Baxter. Puedes sentarte, que no se hundirá la silla, aunque parezca poco sólida.

Tras la mesa despacho, Cris Seldom se reclinó hacia atrás, y cruzó los brazos. En pie, Baxter arguyó:

—A las once, estás con John Smith. A las dos, John Smith se suicida.

—Cuanto voy a decirte es entre colegas, y lo negaré de puertas afuera. Le dije a John Smith que tú no renunciabas. Le aseguré que yo lo arreglaría todo. Me iba en ello una buena cantidad. El muchacho pareció reconfortarse. Me dejó en sitio discreto apenas serían las once y media. Fui a cenar, y me acosté a la una. Y ya está. He perdido un gran negoció y, francamente, Baxter, si puedo estropearte algún buen asunto, y no me cuesta mucho trabajo, lo haré con sumo placer, sin rencor.

—No puedes acusarme de ser culpable de que Smith se suicidase.

—Yo no te acuso de nada. Me limito a deplorar que el muchacho tuviera el sistema nervioso desequilibrado.

Carl Baxter se abanicó con el sombrero. Cris Seldom le contemplaba con sonrisa de pillo regocijado.

—¿Te duele ver que un pobre muchacho que fué a suplicarte misericordia se levantara la tapa de los sesos? ¿O te revienta no poderle llevar atado del cuello hasta la comisaría?

—Lo que me duele y revienta es que no tenía ni tengo la menor idea de quién era John Smith ni qué homicidio imprudente cometió.

—Estamos, pues, en idéntica postura, Baxter. Y ahora, cóbrale a Marcia, que aplaudirá tu efectividad. Tenías prisa al entrar, ¿no?

—Adiós, Seldom. Si has perdido un cliente, ya caerán otros.

—Tanta bondad me conmueve. Adiós, o hasta pronto, Baxter. Sin rencor, pero estaré a la recíproca.

En la calle, Carl Baxter desechó la idea de ir a visitar Santa Clara. Era mejor acudir primero a Angus Alastair.

Lo despertaría, y aguantaría el primer embate, malsonante.

Cuando desde su revuelta cama, el periodista reconoció al que había descorrido las cortinas y le estaba zarandeando, no terminó su retahíla de epítetos.

—Por todas las pezuñas azufranadas de los más viles energúmenos que he conocido, y te llevas la palma, aunque me presentes una taza de café, ¿es que no puedes respetar el sueño de un consciente y organizado esclavo de la rotativa, que se interna entre sábanas a las cinco de la mañana?

—Juro solemnemente que nunca más lo haré, pero urge. Sólo tú puedes decirme lo que me urge saber.

—Lo que urge es que te manden ya al depósito.

Y sentándose en la cama, Agnus Alastair asió la taza, y empezó a succionar.

—John Smith, el que se ha suicidado así parece, ¿vivía en una planta baja, junto a un chalet propiedad de una artista especial llamada Marcia Wilmott?

—John Smith tenía casas en Berkeley, en Oakland, y aquí. Le rentaban más de lo necesario para vivir sin dar golpe. A Santa Clara, iba de vez en cuando. Sí, tiene un chalet, y a su lado, una loca que rellena de paja los bichos.

—¿Al Este del chalet de la loca?

—No estoy a estas horas para sentirme geógrafo —refunfuñó Alastair, ya acabada su taza—. Su chalet era de dos plantas, ambas

suyas, y de su esposa Doris.

—¿Tiene dos hijos gemelos?

—No deja descendencia visible y legalizada.

—Entonces, ¡era otro vecino! ¡El del Oeste! ¡O de la planta alta!

—Cuida tu azotea, condenado despistado. ¿Qué pasa? ¿No se suicidó Smith? Recuerda lo convenido. Yo consiento en contestar… a las horas en que no duermo, y tú me das las primicias de lo que descubras. Doris afirma que su marido no tenía motivos para suicidarse. Ella es guapa, y al parecer le quería. El forense dictaminó suicidio, y Cardigan anda, indagando. ¿Qué has olfateado tú?

—Vendré a decírtelo, cuando no duermas. Perdona. Voy a Santa Clara.

Angus Alastair se arrebujó bajó el revoltijo de sábanas y manta.

En la carretera, Carl Baxter trataba de vencer al peor enemigo: su imaginación. En aquella confusa e inesperada aparición de un John Smith, que temía las revelaciones de Marcia Wilmott, que para nada le habían citado, ¿qué tenía que ver Percival Brent, su esposa, y Franklin Arliss?

Frenó en seco, para girar en redondo el volante. No podía engañarse. Era el sombrero gris y la gabardina, propiedad de Marcia, Wilmott, lo que se cruzó con él…

Veinte metros más adelante, también el «Ford» dos plazas, se había detenido.

La autopista permitía, aquella detención, sin contravenir el tráfico. Saltó a tierra Baxter, corriendo hacia la ventanilla del «Ford».

—Buenos días, Marcia. Iba a visitarla.

—Y yo a usted. Habíamos quedado que a las tres le telefonearía. Pero he leído algo que me ha interesado induciéndome a ir a la ciudad.

—John Smith.

—¿Cómo… puede adivinar, si yo no lo mencioné?

Carl Baxter dió la vuelta por delante, y vino a sentarse junto a ella.

—Ayer noche, poco después que usted se fuera, me visitó John Smith. Me quiso pagar cinco mil dolares para que usted se callara, o yo la engatusara.

—No comprendo.

—Intenté comprender, porque hay algo que usted sabe y que a John Smith le preocupaba.

—John Smith, en paz descanse, en vida era un odioso sujeto. Pretendió cortejar a Bárbara, y hasta la brutalizó, pero, por suerte, Bárbara le dió su merecido. Y…

Marcia Wilmott titubeó un instante, pero añadió:

—En la playa, se atrevió a decirme tonterías de mal gusto. Tuve que recordarle que era un hombre casado, y que su esposa Doris no se merecía tener un esposo tan desagradable.

—Ya. El tipo castigador engreído. Pero no se suicidó por temor a que Doris averiguase estas tonterías. Creo que Doris sabría a qué atenerse respecto a calaveradas de todo calibre. Haga memoria, Marcia. Usted forzosamente ha tenido que presenciar algo referente a John Smith. ¿Es el inquilino de la planta alta, al Este?

—¡Oh, no! John Smith residía por temporadas más o menos largas, en el hermoso chalet al Oeste del mío. Venía solo, algunas veces… A propósito, una de estas noches en que me despertaron los dos niños, recuerdo que paseando vi luces en el primer piso del chalet de Smith. No me llamó la atención, porque tenía el atrevimiento de traer a mujeres, en ausencia de su esposa, naturalmente. Digo que lo recuerdo, porque al asomarme por el lado Oeste, le vi también asomado, mirándome con fijeza. Preferí abandonar el mirador, porque me era antipático. Por cierto que a la mañana siguiente…

Marcia Wilmott se interrumpió, y por el espejo retrovisor miró a Carl Baxter, intrigada.

—¿Cree usted que esté relacionado con lo sucedido en el invernadero?

—Por favor, Marcia. No aumente mi confusión. Decía usted que a la mañana siguiente…

—Voy a bañarme hacia las once. Estaba él en la playa. Parecía muy nervioso, como era natural en un trasnochador juerguista escandaloso. Pero ahora recuerdo que me miraba, no con insolencia desagradable, sino como suplicante, como si me pidiera perdón en silencio.

—Es que usted debió presenciar algo que él no quería se supiera.

—Supongo que no desearía que yo informase a Doris.

—No, no… John Smith mató a alguien, y usted debió verlo.

—Está usted confundiendo la vecindad, Baxter. Yo lo que vi fué a los esposos Brent…

—Déjelos a estos dos para después, Marcia. Estamos mirando al chalet del Oeste.

—En el chalet de los Smith, aquella noche no había más que una de tantas mujerzuelas.

—¡Eureka! Adelante. ¿Cómo era esta damisela?

—Bah… No me fijé mucho. Cierto que en uno de mis paseos, les vi a los dos bailar sin música, y debían estar bebidos. Era deplorable.

—Lo era. ¿Rubia, bizca y jibosa?

—Llevaba un vestido maravilloso, verde jade, con apliques de brocado de plata, y en cuanto a joyas, tenía un curioso brazalete que podía ser de plata o platino. Una serpiente enroscándose, y estoy segura de que eran esmeraldas las piedras, que se incrustaban…

—Durante sus insomnios, ¿enciende usted la luz del estudio?

—No, si no tengo ganas de trabajar.

—Por lo tanto, Smith y su compañera no la verían, a usted. Pero en cambio, usted los veía perfectamente con los prismáticos.

—¿Cómo sabe usted que empleé los prismáticos? —indagó, ingenuamente, ella.

—El alma de una artista sin sueño, es de cristal para mí. Siga describiéndome a la damisela.

—Vulgar, del género que, no sé por qué, suscita los bajos instintos masculinos. Alta, quizá un poco carnosa, de piel muy blanca, cabello muy negro, la nariz, para mi gusto, más que chata, y una boca… Mire, hay bocas obscenas. Aquella mujerzuela tenía una boca así.

—¿Así, cómo?

—Demasiado abultada.

—Ya. Pero era guapa. ¿Qué noche exactamente, Marcia? Empiece a pasar revista a su colección de animalitos queridos.

—Fué antes de la muerte del señor Arliss. Pero no antes de que yo terminase la cesta de flores tropicales, y lo recuerdo porque retoqué el verde de unas hojas pensando en él vestido que acababa de ver. La noche del doce exactamente. Doce, que era…

—Miércoles. Dos días antes de que llegara, Arliss y abrazara a su ex esposa. No se ruborice y siga contando; es muy importante.

—No, tengo por qué sonrojarme. Les vi abrazarse, y bailar tontamente, y fui a retocar las hojas tropicales. Precisamente, al terminar, fué cuando me asomé y vi al señor Smith mirándome.

—Entre el momento en que los vio abrazados, y el momento en que terminó de retocar las hojas, sucedió lo que Seldom califica de «imprudencia». ¿Estaba con Smith la joven del brazalete serpentino?

—Detrás de él… Por cierto, era chocante, y verdaderamente escandaloso. Pero no veo por qué tengo que contarle escabrosidades, señor Baxter.

—Porque usted, sin saberlo, vió algo que aterrorizaba a Smith.

—No comprendo en qué podía aterrorizarle, puesto que yo me hubiera guardado muy bien de contarle nada a Doris. Podré emplear los prismáticos, señor Baxter, pero no soy una entrometida.

—Usted iba a visitarme a propósito de Smith. ¿Qué iba a decirme?

—Quería evitar que al leer la Prensa usted se confundiera, puesto que si bien algún periódico citaba personalidades de Santa Clara y aludía a mí, no situaba las casas en su exacto emplazamiento. Quería decirle que no había la menor relación con lo que vi.

—Volvamos a la piel blanca de muy negro cabello. Estaba detrás, de Smith y usted se quedó muy sorprendida.

—Porque hay límites que la decencia más nimia nos impone. Ella, la mujerzuela, tenía el vestido desgarrado, ¡un vestido tan precioso!… y estaba desmelenada.

—Lo atribuyó usted a furor apasionado… Un momento. ¿Usted sabe cómo se llamaba aquella damisela?

—Déborah Dikson.

—¡Caramba, señorita Wilmott! ¿Y cómo lo sabe usted?

—No es difícil. Pude reconocer su cara, porque aparece en bastantes revistas. Es primera, corista del «Gaiety».

—Gracias, Marcia. ¿Iba para algo más a *Frisco*?

—Para aclararle solamente lo referente a que no cometiese el error de lanzarse sobre una falsa pista, y decirle que mi sobrina y Edna, consienten en simular que es usted el hermano de Edna.

—Entonces, cuanto antes mejor, Marcia. ¿Me invita a cenar?

—Con mucho gusto.

—Vuelvo a *Frisco*, pero estaré sin falta hacia las nueve en su chalet, Marcia. Voy ahora a enterarme de cuál ha sido el final de Déborah Dikson.

Bajó del coche, y agitó la mano cuando su «Mercury», embalado, pasó junto al detenido «Ford».

Baxter iba pensando… Marcia Wilmott reconocía que John Smith, de castigador insolente, se había convertido en aterrorizado, suplicante, desde la noche del miércoles, doce.

La noche del miércoles, doce, se hallaba con Déborah Dikson, la cual, desmelenada y medio desnuda, fué considerada, por la honesta solterona como la imagen del pecado violento y arrollador.

Reconstruía. John Smith, torpe y exigente, pelea con Déborah, la zarandea y se detiene, porque ve surgir a Marcia Wilmott. Después, mata…

No, no hubiera matado, sabiendo que había un testigo. Gruñó:

—Deja de galopar en tus cábalas. Si Déborah Dikson no está muerta… pudo presentarse alguien, con la creencia de tener derechos sobre Déborah, y peleando con John Smith…

Mientras el «Mercury» rodaba muellemente por la amplia carretera que bordeaba el extremo Sudoeste de la gran bahía, Carl Baxter aplicó el procedimiento que seguía en sus búsquedas históricas.

Primero, situada la época, documentarse acerca de la vida de los principales personajes.

Y aunque ahora, la época fuera entre un miércoles, doce, en que Marcia Wilmott, sin saberlo se había asomado desde su desván sobre una tragedia ignorada, hasta el miércoles, diecinueve, en que Marcia Wilmott, fué a visitarle.

Pero vino a hablarle de críos llorones, de una esposa con dos maridos, y de un traslado de un cadáver a un invernadero.

¿Por qué, pues, sentía acrecentarse su interés acerca de lo que pudo realizar John Smith? Estaba ya muerto.

Volvió a detener su coche, pero esta vez para efectuar sus fichas de personajes. La carretera en aquel trecho se ampliaba en cornisa, desde la que se apreciaba en todo su esplendor el inmenso panorama cosmopolita de la bahía de riberas superpobladas.

Carl Baxter sacó su block de notas, y escribió, porque escribiendo aclaraba sus ideas:

«Miércoles, 19, noche, Marcia Wilmott, parece sincera al afirmar que vió en la noche del lunes, 17, a los esposos Brent, trasladar el cuerpo inmóvil del pelirrojo Franklin Arliss, al invernadero, en cuyo interior permanecieron unos veinte minutos, reapareciendo solos. ¿Enterrado? Sería posible, puesto que los dos días siguientes, la cocinera entró en dicho invernadero y la policía sigue en el limbo, salvo que la negra sea también cómplice. Franklin Arliss primer esposo, tras larga ausencia, reaparece la tarde del viernes 14, besa a su esposa, y parece preguntar cuál de los dos es su hijo. Sin embargo, los dos niños parecen tener aproximadamente la misma edad.

»Marcia Wilmott a punto de irse, quiere hablarme de los inquilinos del primer piso, del chalet en cuya planta baja viven los Brent, pero renuncio a oírla.

»Aparece John Smith, a quien confundo con Percival Brent. Intenta sobornarme, y es evidente que le produce un pánico mortal la suposición de que Marcia haya podido revelarme algo que sucedió la noche del miércoles, 12. Después acude Cris Seldom, y admite un homicidio.

»John Smith, al parecer, se suicida. ¿No supo Seldom tranquilizarle? ¿Fué un ataque de nervios el que impulsó a Smith a quitarse la vida? Doris Smith, su esposa, no admite que huya podido suicidarse, pero el forense así lo dictamina, aunque el teniente Cardigan, efectúa investigaciones, que pueden ser mera rutina.

»Déborah Dikson, tipo de vampiresa incitante, está con John Smith la noche del miércoles, 12. Ella ha de saber lo que ocurrió en el chalet de los Smith, y Cris Seldom supone que yo lo sé por confidencia de Marcia.

»¿Tiene relación el suicidio de John Smith con lo sucedido en el chalet de los Brent? ¿Son hechos independientes, descubiertos porque unos niños desvelaron a Marcia Wilmott?».

Mantuvo la estilográfica en suspenso. Parecía un poeta buscando una rima, en invocación de las musas que pudieran acudir al conjuro del riente beso que mar y cielo se susurraban…

Recordaba uno de los consejos de Angus Alastair:

—«Para seguir los pasos y cambio de estado de cualquier individuo que te interese, acude al Registro Estatal, sección Inmobiliaria y sección Matrimonial. Sabrás si prospera o si se hunde, según sus cambios de domicilio, y si es magistralmente perspicaz o ha sucumbido a la llamada primitiva, según sea soltero, o se case. Y si enviuda y vuelve a casarse, lo cazarás pronto, porque te demostrará que es un cretino, o realmente nació para hallar gocé en el sacrificio».

Murmuró:

—Y también a la sección de Natalicios y Defunciones. Pero por orden cronológico, es Franklin Arliss el primero.

Puso de nuevo en marcha el coche, y las dos horas siguientes las pasó muy atareado en sus consultas de los archivos, que le fueron facilitados con un recurso sencillo: colocar atravesado en su carnet de detective privado, un billete de cinco dolares.

Cuando a la una y media, comió en un automático, repasó las once fichas que en respectivas cartulinas había conseguido reunir. Carecían de interés visible las relativas a Marcia Wilmott, Bárbara Wilmott y el ama de llaves Edna Booth, al igual que las de John Smith, Doris Smith, Irene Brent y Percival Brent.

Eran, en cambio, interesantísimas las de Cris Seldom, Déborah Dikson, y Franklin Arliss. Volvió a mirar la de Franklin Arliss, obtenida de documentos verdaderamente fidedignos.

«Desaparecido en Corea el 7 de octubre de 1950».

«Comunicada oficialmente su muerte en campo de prisioneros de Corea del Norte, el 20 de abril de 1951».

Miró por fin la ficha once:

> «Jack Dikson, treinta y dos años, natural de Nueva York, de estado casado, boxeador, profesión de la que fué expulsado: contratado como bailarín profesional acrobático en buenos clubs nocturnos de Miami, Long Beach, los Angeles y San Francisco. Residencia constante: pensiones y hoteles de primera categoría».

Volvió a guardar sus once fichas, extremadamente complacido. Era indudable que las mortalidades ocurridas en siglos ya encarpetados en archivos históricos, no podían proporcionarle la emoción excitante de la moderna historia que se desprendía de una simple lectura de archivos y censos actuales… si se tenían unos datos que no constaban en ningún registro.

Un muerto en Corea que resucitaba en el jardín de un chalet… Una corista, cuyo marido fué boxeador y era bailarín acrobático. Supuso que era por haber nacido varón, por lo que prefería visitar primero a Déborah Dikson que a Percival Brent.

Tomando café, solía despejar muchas ideas confusas. Sin vanidad, pero con complacencia, reconocía que su rostro tenía un algo especial, que atraía a las profesionales del arte de engañar al sexo opuesto.

Déborah Dikson era primera corista en el «Gaiety». Un local en el que los coleccionistas que tenían por instrumental un alfiler y unas tijeras, encontraban numerosas obras de arte vivo.

Porque las coristas del «Gaiety» eran seleccionadas cuidadosamente, y sus fotos de «*pin-up* girls» avaloraban las páginas de muchas revistas, de las que eran recortadas y suspendidas con alfiler en el papel de las paredes de los cuartos de solteros, y escondidas en particulares alacenas de menores de edad, graves varones casados, y ancianos deseosos de evitarse el calificativo del colorido de las hojas en primavera.

Cogió el listín, y fué llamando a diversas agencias teatrales. Con la promesa de enviar un botones que entregaría cinco dolares, le aseguró otro botones que en ausencia del agente, atendía las

llamadas, que le proporcionaría la lista completa, con los domicilios, de las integrantes de la primera fila de coristas que estaban actuando en el «Gaiety».

A las tres de la tarde, Carl Baxter, ya en su poder la lista, eligió al azar entre siete nombres y apellidos legítimos, y sus transformaciones «artísticas». Eligió entre los siete, pertenecientes a las coristas compañeras de trabajo de Déborah Dikson, el de Jean Potter, en la pista, «Junis Palmer».

CAPÍTULO IV

¿*Miss* Junis Palmer?

La doncella que abrió la puerta del departamento, estudió un instante al que sonriente, esperaba en el umbral. Tras su pregunta. Contestó:

—La señorita está durmiendo. Puede volver a las…

Miró el billete de cinco dolares que se iba enroscando en el índice de Carl Baxter con un lento repliegue del dedo medio. Susurró:

—Si el señor es amigo… La señorita… se molesta cuando la despiertan antes de las cinco.

—Diga que soy un periodista que quiere hacerle un reportaje gratuito, y de ruido.

La doncella, porque llevaba cofia y delantal, arrugó aún más la ya muy arrugada cara, y esbozó el gesto de quien invita a pasar al interior de una sala donde se vela un cadáver, a la vez que aplicaba un índice a sus labios.

Gestos que no le impidieron apoderarse del billete. El vestíbulo restallaba de blancuras, y el saloncito en que la doncella introdujo a Carl Baxter, destilaba aroma de jazmín y hería los ojos por sus estallidos rojos.

Pantallas que al encenderse daban reflejos de explosión lejana, y sillones, diván, tapices, alfombra y empapelado, mostraban que Jean Potter, al convertirse en Junis Palmer, tenía preferencia por el color sangriento. O tal vez estimaba que era el color adecuado para completar el candente apasionamiento de sus admiradores.

Sentado en el blando diván, Carl Baxter tuvo por unos instantes la sensación de que era un corpúsculo sumergido en salsa de tomate. Más prácticamente, fué sumando los billetes de cinco

dolares que había, sembrado.

La cuenta la pagaría Marcia Wilmott… o tal vez Cris Seldom.

Empezó a experimentar los efectos de modorra que producían el combinado de colores rojizos y el efluvio jazminero, mientras reiteradamente consultaba su reloj.

Transcurridos veintisiete minutos, Junis Palmer se dignó efectuar su presentación.

Un lazo azul sujetaba en su coronilla una gruesa coleta de cabellos cobrizos. Una bata azul pregonaba la sabiduría del modisto que, con mucha tela, proporcionaba, generosa visualidad de una magnífica anatomía.

El rostro era muy de muñeca artificialmente humana.

Carl Baxter inició su despegue del diván, y saludó:

—No quisiera haberle proporcionado un mal despertar de sus sueños sonrosados, Junis.

—La prensa dicen que es el cuarto poder, y aunque ignoro cuáles son los otros tres, soy respetuosa con los chicos de la prensa. ¿Quiere un cóctel, o a esta hora prefiere café? También puedo proporcionarle licores.

—Soy abstemio desde las seis de la madrugada hasta las seis de la tarde, Junis.

Ella se sentó en el sillón frente al diván, acomodando los pliegues inferiores de la bata. Escrutaba, con penetrante mirada, y sabía escrutar.

Lo primero que valoró fué la corbata de seda, después los zapatos a medida, y en tercer lugar el corte de traje. Consideró que habiendo dado el visto bueno a la ropa, podía, pasar al estudio facial.

Dio también el visto bueno. Y Carl Baxter acudió al «barniz» apto de un supuesto periodista.

—No estoy mal, aunque esta luz no me favorece.

—Siempre he visto a sus colegas con gafas, y bastante desaseados.

—Es que soy cronista social, Junis. Este mediodía, el jefe me ha llamado y me ha dicho: «Carl», y Carl soy yo, te vas a hacerle un reportaje mitad nata mitad pimienta, a la primera corista, Déborah, del «Gaiety».

Junis Palmer, que estaba encendiendo un cigarrillo, cerró con

seco golpe el encendedor. Carl Baxter siguió mintiendo muy sinceramente:

—Yo le dije al jefe: «Atienda, patrón. A mí, personalmente, Déborah no me llena. Es innegable que tiene cuerpo y figura, pero no sirve. En cambio, yo he visto actuar a otra casi primera corista, porque está en primera fila, y allí sí que daremos en la diana». Bueno, el jefe y yo, casi siempre congeniamos. Pero se empeñó en que visitara a Déborah. ¿Y sabe usted porqué estoy aquí, Junis? Prescindamos de mis gustos personales, y vayamos al contenido de mi reportaje. Yo pretendo demostrar que una corista puede también ser una funcionaría tan respetable como una oficinista, pero con la superior ventaja de estar mejor constituida. Los provincianos que me leen vendrán dispuestos a intentar salir con la honesta Junis Palmer y lucirla por los lugares elegantes.

—Usted tiene, juventud y talento, Carl. Veo lo que desea; y francamente, a mí no me gusta hablar mal de una compañera de trabajo, pero Déborah debería acordarse de que está casada. Claro que Jackie es un verdadero… desaprensivo.

—El calificativo es digno de usted, Junis. Pero yo a Jackie lo califico de inmoral. Lo es, puesto que permite que su esposa salga acompañada de otros individuos.

Junis Palmer rió con deleite. Era muy placentero poder recortarle el terreno a una compañera de trabajo. Dijo:

—Jackie es un gandul. Y no hablo por hablar, porque yo no tengo el vicio de criticar.

—Comentar no es criticar. Ya me figuraba yo que Jackie era un gandul vividor.

—De los de miedo. Fíjese que podría tener contratos para actuar a diario. Pues bien, se pasa largas temporadas de completa huelga voluntaria. Es curioso. Llegamos a cualquier *club*, y las primeras semanas, Jackie trabaja. Luego, desaparece hasta que nos vamos del *club* y de la ciudad. Y créame que el chico es fuerte como un roble.

Carl Baxter alzó una mano, como si impusiera silencio. Estaba coordinando. Había algo en lo que acababa de oír, muy sugerente, pero que no lograba captar.

Ella aplastó el cigarrillo, y de pronto Baxter tuvo la «corazonada»:

—Tengo una curiosidad repentina, Junis. Cuando llegaron

ustedes al «Gaiety» ¿de dónde venían?

—De Carson City.

—¿Y llegaron aproximadamente a San Francisco?…

—El día último del mes pasado.

—¿Trabajó Jackie?

—Lo de siempre. Actuó unas dos semanas, y ya está reposando, sin que se le vea el pelo, hará más de una semana.

—Fíjese que es importante lo que voy a preguntarle, Junis.

—Un momento, un momento. ¿Usted viene a hacerme un reportaje a mí, o a Jackie Dikson?

—Es lo mismo. Yo no quiero una bronca del jefe, y si le demuestro la inmoralidad restallante de Déborah y su maridito, ¿comprende?…

—Del todo. Muy bien, Carl. ¿Qué desea, exactamente?

—Saber la fecha exacta en que Jackie dejó de trabajar.

—No resulta, difícil. Cuando al día siguiente no apareció (y como siempre, sin avisar) el jefe de pista armó una trifulca. Pero Déborah contestó que su marido era muy libre de ser caprichoso.

—¿Qué noche fué?

—La trifulca la recuerdo, porque estrené, aquella tarde, un nuevo lápiz carmín que era una porquería. El jueves, trece, y atribuí al número la mala elección.

—O sea que la última noche en que actuó Jackie en la pista del «Gaiety», fué el miércoles, doce. Gracias. Ya basta. Ahora, tengo argumentos suficientes para evitarme la trifulca con mi jefe de pista. Y pasemos a lo nuestro. ¿Le viene bien mañana a las doce, estar preparada para las fotografías que ilustrarán el reportaje?

—Sí. Pero ¿por qué no esta tarde?

—He de convencer al fotógrafo, que tiene orden de retratar a Déborah. Mañana a las doce, ¿en el «Ships and Sails»? Hay sillones muy confortables para el que tenga que esperar.

—Estaré sin falta, Carl. Pero no se vuelva atrás.

—Me gusta siempre ir de frente, Junis. ¿Es éste el carmín del fatídico trece?

Ella en pie, se tocó los labios, sonriente.

—Créalo o no, es mi color natural.

—Si pudiera comprobarlo, el reportaje quedaría mejor documentado.

—Sin insistir… —musitó ella, cerrando los ojos y adelantado el busto.

Se desprendió al cabo de un largo instante, para comentar:

—La censura no le admitiría esta escena, Carl. ¿Dónde le enseñaron a besar así?

—Usted inspiraría a uno de los del tercer poder.

Encaminándose hacia la puerta, ella rechazó el brazo que la enlazaba, porque por remate tenía una mano expertamente indiscreta.

—¿Cuál es el tercer poder?

Abierta la puerta, Carl Baxter inventó:

—El primer poder es Eva, el segundo Rey Dolar, el tercero, el enemigo de Eva. Me refiero a los que se insensibilizan al embrujo de Eva, y así tienen el seso despejado para amontonar dolares. Hasta mañana, delicia.

En la calle, Carl Baxter estimó que sería poco deportivo anotar los últimos cinco dolares en la cuenta de Marcia Wilmott.

* * *

—¿La señora Dikson?

—Déborah está en la peluquería.

—Tengo para ella un mensaje importantísimo.

La que había abierto no era una criada. Menuda y frágil, estaba muy bien modelada. Su mirada era recelosa. Preguntó:

—¿Quiere decirme cómo se llama?

—Eso quisiera saber, con respecto a la peluquería.

Al fondo del corredor, una voz masculina intervino:

—Mejor será que vayas al cine, Yola. Telefonéame cuando salgas.

La llamada Yola se limitó a recoger un bolso de encima una mesita y, dejando la puerta abierta, abandonó el piso.

El hombre que del fondo del corredor fue aproximándose, debió haber sido un buen peso ligero. No muy castigado, tenía la nariz algo chata, y los ojos hundidos en su cuenca, bajo las cejas en que podía percibirse alguna cicatriz.

Moreno y de estrechas caderas, calzaba babuchas amarillas, pantalón de pijama gris, y un chaquetón de seda azul. Al cuello

llevaba como adorno, porque la temperatura era tibia en el piso de Déborah Dikson, un fular azul de lunares blancos.

Carl Baxter cerró la puerta con las espaldas.

—Deseaba ver a la señora Dikson.

El que se aproximaba se detuvo a unos tres pasos. Llevaba las manos en los bolsillos del chaquetón casero, y parecía dedicado a adivinar el peso muscular del visitante.

—Si no le causa mucha desilusión, yo soy el marido de Déborah. La que abrió es mi compañera de baile. «Yola y Jackie», pareja acrobática.

Carl Baxter se acarició la corbata, en un rasgo semejante al tocador de guitarra. Llevaba las de perder en un «*round*» privado, en el piso de Déborah Dikson, contra un ex profesional del *ring*, de mirada amenazadora.

Jack Dikson retrocedió un paso, y rió agriamente:

—No se acaricie el pecho, amigo. En su hombro izquierdo Hay una leve hinchazón, y supongo que tendrá licencia para llevar petardo. Si es usted un admirador de Déborah, gracias por la parte qué me toca, y no sea tan suspicaz. Si tuviera que emprenderla a puñetazos con todos los admiradores de mi esposa, ella no sería primera corista, y tendría yo demasiada tarea.

—Admiro su filosófica psicología, Dikson. Bien, no creo que tengamos nada que decirnos usted y yo.

—Si ya está dentro, y me hace saber lo que era de importancia supiera Déborah, puedo llamarla a la peluquería.

—Puede llamarla.

—Verá… He de juzgar antes si es o no importante.

—Usted sabe perfectamente que sí.

—Soy bailarín, no fakir, amigo.

—Siendo bailarín, tal vez sepa conservar el equilibrio sobre una cuerda floja, que ya poniéndose tensa, y de la cual puede caerse, Dikson. Y para evitar violencias, diré que, en efecto, tengo licencia para usar petardo.

—Ignoro por qué hemos de estar violentados, amigo.

El rostro del ex boxeador plasmaba un cinismo tranquilo.

Carl Baxter, siempre apoyado contra la puerta, pensó que lo que iba a replicar equivalía a disparar bengala en noche obscura… y teniendo dejante un barril de pólvora.

—Quiero hablar con Déborah de la noche del doce del corriente mes, para más señas, miércoles.

Jack Dikson alzó los hombros, rascándose el labio inferior con los dientes. Sus hundidos ojos asesinaban, pero replicó tras un instante:

—Déborah tiene una memoria fatal, amigo. Y si hemos de seguir charlando, podemos hacerlo más confortablemente.

—Prefiero seguir así. Quiero crecer. Ya me figuré que Déborah sólo vivía para el mañana. Pero los hombres tenemos mejor memoria. La noche del doce fué la última en que usted actuó en el «Gaiety».

—Sí. ¿Y qué?

—Que puede usted permitirse descansos. ¿Por qué su compañera de baile estaba tan interesada en saber cómo me llamaba yo?

—Muy lógico en quien recibe a un visitante desconocido.

—Escuche, Dikson. Yo no seguiré más adelante en mis excavaciones, si usted me presenta el hueso.

—Usted mismo se califica de perro sabueso.

—Ya sabe usted perfectamente que soy detective.

—Con pistola y haciendo preguntitas, lo proclama. Pero si busca un hueso, «da en hueso». Ni Déborah ni yo tenemos nada que ver con pesquisas ni misterios.

—A su gusto, Dikson. Ya hablaré con Déborah.

—Siempre que quiera, y ella no esté en la peluquería, amigo. Pero deseo darle un consejo.

—Como marido, es usted el más capacitado.

—En su profesión debe usted estar a las verdes y a las maduras, ¿no? No lo interprete como amenaza, pero si Déborah me dijera que usted la molesta, ya intentaría yo conversar de más cerca con usted.

—Procuraré mantenerme a la debida distancia, Dikson. No soy remilgado, pero hay contactos que ofenden.

El ex boxeador arrugó las cejas, pero demostró que sabía «encajar».

—Buenas tardes, Baxter.

—¡Gracias, mil gracias, Dikson! —exultó Baxter.

—No hay de qué, señor. Lárguese.

—Está usted mordiéndose la lengua. Se le escapó. Usted sabe que me llamo Baxter. ¿Lo llevo escrito en la frente?

—En el «Gaiety» le conocen.

—Nunca he puesto los pies en el «Gaiety». Soy de gustos más elevados, Dikson. Apenas salga comunique usted a su asesor que voy para allá, a visitarle.

—¿Mi asesor? Está usted, completamente despistado, Baxter.

—Éste es mi mayor encanto.

Con la zurda tras la espalda, abrió Baxter, y en el umbral, sonrió con euforia despectiva.

—Hasta pronto, bailarín.

Cerró de golpe, y prefirió correr. No era cobardía, sino prudencia… En su coche, y conduciendo hacia Chinatown, fué dando los últimos toques mentales a su obra maestra imaginativa, pero con lienzo bien urdido.

En el maloliente cuartucho, la mecanógrafa no golpeó más teclas al ver quién era el visitante. Se limitó a rezongar:

—El señor Seldom le recibirá. Ya conoce el camino.

Cristopher Seldom detrás de su mesa, daba la impresión de un diablo humorístico, que hacía rodar los pulgares, en espera de emplear la horquilla.

—Hola, Carl. Me distingues con tu atención.

Carl Baxter, sentándose, echó para atrás el sombrero. No pudo impedirse el reír en silenciosa mueca.

—Cuéntame el chiste, Carl.

—Lo es y de primera clase. En mi primer caso, tuve una difunta que resucitó, y por lo visto estoy condenado a indagar por qué, al conjuro de mi nombre, los muertos resucitan.

—Tendrás virtudes de magia negra. Pero no veo el chiste.

—Te habrá ya telefoneado Jackie.

—¿Quién es ése?

—Jack Dikson, el marido a plazos de Déborah Dikson.

—¿Quién es ésa?

—La que estaba con John Smith la noche del doce en el chalet sobre la cual, desde su desván-estudio, Marcia Wilmott enfocó sus prismáticos.

—Las solteras me gustan cuando pasan de los treinta y no rebasan los cuarenta, pero hemos de reconocer que necesitan el calmante soporífero de un marido cumplidor. Esta tarde estoy cesante, y puedo escuchar tus divagaciones.

—Como ya habrás oído por este trasto, que sirve para hablar desde cualquier distancia, Dikson, que me había estado llamando amigo, aunque estaba ansiando darme una paliza, al despedirnos se olvidó de pronto de su amistad, y me llamó por el apellido.

—Tu fama está traspasando el éter. Conmigo, estás en confianza, Carl, pero te advierto que ese Dikson puede ser menos ecuánime que yo.

—Ya me indicó algo acerca de roturas de cara, en forma elegante. Escucha, Cris… Te doy mi palabra de que dejo de remover, si tú dejas de hacerte el inocente.

—Nací así, y no lo puedo remediar. Perviérteme.

—Como quieras, si es que he de hablar yo. La noche del doce, Déborah Dikson está en dulce coloquio con John Smith. Y de pronto se presenta Jackie, muy encolerizado, como corresponde a un marido que descubre la infidelidad de la que le juro ante el juez, eterna dedicatoria anímica, y corpórea. John Smith se enzarza, porque Jackie arrastra por los cabellos a la infiel, y quiere patearla, un número bien ensayado. John Smith pega, y Jackie se muere. Después del ritual: «¡Cielos, mi marido!», Déborah lanza otro ritual y bien ensayado; «¡Infiernos, John! ¡Has matado a mi marido!».

Carl Baxter repicó sobre la mesa. Miraba, regocijado al pelirrojo detective, que, riendo, replicó:

—Esta escena me hace partirme de risa cada vez que la veo en los dramas.

—Pasemos al tercer acto. John Smith está completamente histérico. Y lo vuelve aún más histérico, saber que Marcia Wilmott ha visto… Una papeleta difícil. Es sabido que esconder, el cuerpo del delito siempre ha sido el obstáculo con que tropiezan los homicidas. Bañado en su sangre, que sería pintura o sangre de conejo, Jackie, que ha fingido haberse dado el gran nucazo, y sabe contener la respiración, y a lo mejor lleva una plaquita en el sitio del corazón, para que no se oigan sus latidos, está esperando que lo hagan desaparecer. John Smith piensa enterrarlo, pero Marcia lo ha visto cuando trataba de arrastrar o estaba desnucando… Déborah, desmelenada y semidesnuda, solloza. La tragedia inunda el chalet. John Smith piensa en el mejor medio de hacer desaparecer un cadáver, un medio no registrado en los anales policíacos, y que sin embargo le aseguraría la impunidad, porque ni el propio Sherlock

redivivo, lo descubriría.

—Ilústrame sobre este medio de hacer desaparecer el cuerpo.

—Comérselo.

Cristopher Seldom rió de labios afuera. Sus ojos eran dos berbiquíes. Carl Baxter cesó de reír.

—Y es entonces cuando, de pronto, Déborah insinúa, con muchos rodeos, que ella conoce a cierto detective amigo suyo, pero que, claro, no trabajará gratuitamente; un detective simpático, mitad granuja, mitad honrado, según ande de bolsillo. Un detective que no sólo se cuidará de hacer desaparecer al difunto Jackie, sino que estará alerta, y sabrá evitar que Marcia sea creída. John Smith acepta, porque está conmovido, ante la prueba de amor de Déborah. Ésta da a entender que resultará caro evitar que John Smith vaya a presidio por matar al esposo, víctima de justo afán vengador, y John Smith, una rata cobarde, firma cheque o paga en billetes. ¿Qué tal el chiste?

—Muy malo. Yo prefiero las obras en que terminan en boda.

—El detective eres tú, Cris.

—Eso dice la placa en mi puerta.

—Me refiero al que va al chalet, y se toma una copa con el «difunto», que, como en otras ciudades, desaparece, metiéndose en cualquier rincón, de donde no sale para evitar que lo vea el «asesino». Tú vas a medias con la pareja, Cris.

Cristopher Seldom dejó de rodar los pulgares. Apoyó los dos codos en la mesa, y sobre sus puños la barbilla.

—Te veo tan joven, tan guapo, tan encantador, que me da no sé, el pensar que puedes terminar mal, Carl. Estás sugiriendo un absurdo tejemaneje reprobable desde todos los puntos de vista. Mírame ahora a mí. Un despacho humilde, un traje raído, una honesta espera de clientes, y mi cuenta en el banco cerrada para cifra superior a los cien.

—Haces, mal en seguir negando, Cris. Podrías excitar mi entusiasmo de novato.

—¿Cómo?

—Vamos a suponer que en Carson City, de donde procede el cuadro en que además de las coristas figuran Jackie y Yola, me entero de la noche en que dejó de trabajar Jackie. Y a la vez averiguo que joven papanatas o viejo estúpido, con preferencia

casado, pero con matemática precisión, rico, estaba haciéndole la corte a Déborah. Investigo los dos mismos extremos en las demás ciudades por donde han desfilado las coristas y Jackie… Y para redondear, y aunque me fuera más laborioso, investigo tus rápidos viajes, coincidiendo con la noche anterior a la que dejó de trabajar Jackie en cada Estado. ¿Y qué obtendría? Las declaraciones, muy indignadas, de los que seguramente siguen enviando dinero para evitar ir a la cárcel, pensando que han matado a Jackie. Un truco muy ingenioso, Cris.

—Tu imaginación no lo es menos, Carl.

—Bien, bien… ¿Persistes entonces en negar que Déborah, Jackie y tú formáis un trío de chantajistas inteligentísimos?

—Dedícate a escribir novelas, porque desde el taburete y pegándole a las teclas no podrás hacerte pupa, querido.

—Hay más, Cris.

—¿Todavía?

—Por chantaje os pueden conceder unos años de reposo. Pero ¿y por asesinato?

—¿Por el tuyo? —sonrió Seldom.

—Por el de John Smith.

Carl Baxter sudaba un poco. Seguía el proceso imaginativo. Hasta entonces sus deducciones eran sólidas. Pero acababa de lanzar una bengala con la alegre despreocupación del niño que eleva una cometa.

Cristopher Seldom se rascó la nariz, cerrados los ojos. Y dijo:

—Ya no es imaginación, sino una manía perjudicial para el género humano. Haces qué Smith mate a Jack Dikson, que, según tú, te acaba de hablar, lo cual demuestra que goza de buena salud, y para demostrarme tu talento, declaras que el forense y el teniente Cardigan son cómplices, en segundo grado, de encubrimiento de un asesino que mató a John Smith.

—John Smith, después de ver que yo no acepto su dinero, derrama lágrimas sobre tu pecho. Está desesperado, y te declara que prefiere ir a la policía. Pero si va a la policía, saldrá a relucir que Jack Dikson ha fallecido en diversas ciudades de diversos Estados. Todo el negocio por el suelo. ¿Y quién mejor que un detective para «preparar» un suicidio? Psicológicamente, a Smith le faltaba valor para suicidarse.

—Son los cobardes los que se suicidan.

—Y aunque se hubiera suicidado, los responsables de su muerte sois vosotros tres.

—Bueno, señor Baxter, ya está bien. Hasta ahora te consideré un novato despistado, pero no quiero aguantar más tus venenosas babas, producto de una imaginación enfermiza.

Carl Baxter en pie, se encasquetó normalmente el sombrero.

—Tú lo has querido, Cris. No me interesan las andanzas del trío Jackie-Déborah-Cris. Ya sólo me interesa una cosa: demostrarme a mí mismo que me he equivocado, y me temo que en este asunto del suicidio de John Smith, los únicos equivocados sois vosotros tres. Y también admito que si mis babas venenosas os pueden hacer perder cientos de billetes grandes, bien colocados que recogeréis al agotar el truco, no os lo pensaréis mucho, para ver el modo de eliminarme científicamente.

—Trataré, de leerme un tratado sobre el canibalismo. Anda, Carl, vete, y cuando compruebes tus errores, podremos volver a charlar.

—Gracias.

Ya en la puerta, Carl Baxter añadió:

—Como soy novato, he de advertirte que de ahora en adelante, me va a dar tortícolis, porque giraré el pescuezo hacia todos los puntos cardinales, y dispararé muy nervioso.

—Así empiezan antes de embutirse en una camisa de fuerza.

Carl Baxter sonrió, pero sin cordialidad, mientras Cristopher Seldom, que le había acompañado hasta la segunda puerta, le contemplaba con expresión de lástima.

Apenas llegaba Carl Baxter a la calle y se dirigía hacia el aparcamiento, Cristopher Seldom apartó una cortinilla y miró al edificio de enfrente.

Jack Dikson, desde la ventana correspondiente a un salón de té chino, donde estaba por indicación de Seldom después de telefonearle, asintió con la cabeza.

Cristopher Seldom dejó caer la cortinilla. Confiaba en las grandes dotes de actriz de Déborah Dikson.

CAPÍTULO V

El «Mercury» estaba casi emparedado entre un camión y un turismo. Carl Baxter tuvo que dedicarse a prodigios de equilibrio para poder llegar al estribo.

Entreabrió hasta el límite posible la portezuela, y se deslizó encorvado. Quedó medio encorvado, reclinando el busto sobre el volante.

—Perdón, pero debo haberme equivocado de lata.

Fué acabando de deslizarse, y quedó sentado ante el volante. A su lado, Déborah Dikson miraba el parabrisas. Estaba erguida, verdadera imagen exótica de la muda desesperación.

Marcia Wilmott sabía describir. Una piel muy blanca, un cabello muy negro, labios gruesos, y «esa incomprensible cualidad que excita los bajos instintos».

—Cuando usted salió de mi piso, Jackie me había telefoneado, y decidí hablarle, Baxter.

Carl Baxter maniobró hasta salir del aparcamiento, y fué conduciendo a poca velocidad hacia el Golden Gate Park.

Después de haber hecho su declaración, Déborah Dikson volvió al mutismo. Un silencio que Carl Baxter decidió no se quebraría por su impaciencia.

Ella vestía casi modestamente. Una rebeca de punto negro, con cuello militar, bordeado de blanco. Falda, plisada negra, medias grises, y zapatos sandalia. No llevaba bolso ni guantes.

Había colegialas que vestían más provocativas.

Y sin embargo, ella desprendía algo turbio, perverso, tal vez porque sus ojos eran de un sucio azul, y la hipocresía había moldeado su sello en cada rasgo facial.

Carl Baxter seguía conduciendo en silencio, y el «Mercury»

penetraba ya en una de las amplias avenidas del Golden Gate Park, cuando ella habló de nuevo:

—Sé que usted me considera una perdida, una mala mujer.

—Oiga, Déborah: yo no soy predicador ni puritano. El espejito dice que si usted no es una mujer buena, es una buena mujer estéticamente.

—No me importan lo más mínimo Jackie ni Cris, pero yo… soy egoísta, y desde niña soñé con llegar a ser independiente. Sólo la riqueza da la independencia, y he tenido que seguir la corriente, pero no podía acostumbrarme a servir de diversión a los noctámbulos.

—¿Y quién tuvo la idea del truco? ¿Jackie?

—Cris. En un viaje que hizo a Nueva York, se conocieron. Después, Jackie me convenció. ¿Qué daño he hecho a nadie? Eran ricos, y deberían haber sido más respetuosos con sus esposas.

—Curiosa frasecita en la esposa del muy respetuoso marido Jackie.

—Nuestro mundo es distinto, Baxter.

—¿Víctimas del destino?

—Puede reírse, si quiere.

—No puedo. Tal vez me reiría, si no hubiese muerto John Smith.

—¿Qué culpa tengo yo?

—Ninguna. La culpa la tengo yo, que me solté el pelo, lanzando gemidos ante el muy sinvergüenza de cadáver, mientras Smith se quemaba el serrín buscando el medio de salir de apuros. ¿A qué ha venido, Déborah? Por lo visto, Jackie y Cris me consideran un becerrito.

—Jackie me telefoneó apenas salió usted, diciéndome que por todos los medios tratara de engatusarlo, Debo tratar de llevarle al «Náutico», y hacerle beber algo, en que verteré este polvo.

Mostró ella la palma de la mano derecha. Un anillo vuelto presentaba un camafeo, cuya tapa ella alzó.

No miró Baxter, sino que frenando, detuvo el coche junto a una plazoleta.

—¿Arsénico matarratas?

—Opio y marihuana. Usted parecería un hombre ebrio, y yo le llevaría a su coche. Después… creo que Cris y Jackie emplearían el «*shock*».

—¿Qué es eso?

—Una paliza especial. Usted no moriría, pero su cerebro tardaría meses en recuperar la normalidad.

—Su marido es simpatiquísimo, Déborah. Sigo sin entender lo que usted se propone.

—No quiero jugar a la víctima. Reconozco que soy egoísta, y que odio a los hombres. Incluido usted, porque ha aparecido cuando sólo me faltaban unos meses para conseguir mi limité.

—¿El millón?

—Quinientos mil. Dijo usted antes que no es un moralista. ¿En nombre de qué, entonces, va a denunciarme a la policía?

—Yo no voy por ahora a la policía, hasta no demostrar que fué Cris Seldom o Jackie, quien mató a John Smith. ¿Cómo le mató? Ingeniosamente, pero hallaré el fallo. Iba ahora a visitar a Doris Smith.

—Eso quiere hacerme creer.

—Me interesa muy poco convencerla, Déborah. Lo que sí me sé es que si elegí ser detective privado, es porque me emociona ir descubriendo lo muy complicada que es la humanidad. Ahora mismo, la estoy contemplando, aquí, a mi lado, de perfil, tensa la piel bonita, y me pregunto: «¿Es parte de la trampa? ¿Es sincera, y por egoísmo quiere escapar?». Pero las almas son como las frentes. No transparentan.

—Pude haberle llevado al «Náutico».

—Y en buena hora iba yo a beber ni de un grifo, estando usted cerca.

—No Comprendo qué finalidad persigue, Baxter. Su oficio es trabajar en investigaciones, a sueldo de un cliente. Pero satisfacer el afán chismoso de una soltera noctámbula por afición, y no por obligación, es poco viril de su parte, Baxter. Tiene usted, aspecto de hombre muy cabal.

—La duda no ofende. Trataré de ser lo que usted nunca ha sido, Déborah. Me refiero a eso que llaman sinceridad. El que usted envolviera en sus redes a incautos ricachones, y les pegara el susto papá Jackie, esto allá la Ley y la moral para enjuiciarlo. Pero el pistoletazo con que el pobre Smith se alzó la sesera, descubriendo el vacío que contenía, tiene un calibre muy diferente.

—Usted le pegó a Smith. Usted también apretó el gatillo.

—Ya he pensado en esto, y de ahí el gran interés que tengo en tranquilizar mi conciencia, demostrando que alguien mató a John Smith.

—¿Varía su responsabilidad, Baxter?

—Esta pregunta es lo primero interesante que me dice, señora Dikson. Quiere usted insinuar que si yo hubiera aceptado los cinco mil dolares de John Smith, no se hubieran visto obligados a eliminarlo Jackie y Cris. Lo eliminaron porque iba a ir a la policía, para ganarme el terreno, y aprovecharse de su tardía, pero espontánea declaración. Y entonces se derrumbaba todo el tinglado, y era la quiebra por bancarrota de la razón, social Jackie-Déborah-Cris.

Reinó un corto silencio. Déborah Dikson dijo:

—Yo maté a John Smith.

Hubo otro silencio.

—La comisaría más cercana está en Lone Mount, apenas una milla, Baxter. Terminemos ya de una vez.

—Ya he captado la nota falsa, Déborah. Usted se proclama egoísta, y declara que Jackie y Cris le tienen sin cuidado. Usted no quería pasar la vida levantando alternativamente las piernas y expuesta a acatarrarse. Y de pronto, ¡la nota discordante! «Lléveme al matadero, señor Baxter. Yo soy una cordera que tuvo que vestir piel de boa, porque el mundo es maligno y los hombres son unos bellacos». Y el señor Baxter se enjuga una lágrima furtiva y empieza a sentirse asqueroso. Le da unas palmaditas a la egoísta que es una víctima del mundanal torbellino, y donde menos se piensa saltará la liebre. Pero la liebre había de ser yo, y usted me estaba conduciendo al cepo. Escuche, Déborah, si no quiso vender zapatos por cuenta del zapatero, o simplemente levantar la pierna, y hacer como las demás coristas, apechugue con las consecuencias. Me da lástima el albañil que cae de un andamio, y ninguna el torero despanzurrado por el toro. Entre usted y John Smith, defiendo a éste. Con que, queda bien dividido el campo. ¿Qué pensaba? ¿Que la iba a llevar a la comisaría? Usted, posiblemente, demostraría que entre once y dos, horas en que mataron a John Smith, usted se hallaba donde fuera, pero no junto a Smith. Un plan bien urdido. La policía me consideraría un imaginativo. Desde anoche, Cris ha tenido tiempo de prepararles a ustedes dos. Y en el mejor de los

casos, yo, en vez de ir a comisaría, empaparía su hombro, pidiéndole perdón en nombre de la inmunda sociedad, que la convirtió en corista de tercera fila.

Déborah Dikson no se inmutó.

—Eres tan odioso como todos, Baxter. Si no le basta haber conducido a la muerte a John Smith, esta noche lee la prensa.

—¿Tu suicidio?

Ella se estremeció. Su intención había sido decir que iba a entregarse. ¿Suicidio? Pensó en John Smith… Murmuró:

—Voy a entregarme, y por fin, estaré lejos de todos vosotros.

—Es curioso. Has tenido un escalofrío imposible de imitar. Déjame pensar unos instantes…

Ella bajó del coche, y sin saber por qué, Baxter saltó para ir a reunirse con ella, que se encaminaba a través de la plazoleta hacia la avenida que conducía a Lone Mount.

—Has puesto un punto final muy acertado, Déborah. Hubo algo, un presagio agorero en tu escalofrío… y yo acababa de citar el suicidio. ¿Te asusta enfrentarte con Jackie, confesando que no pudiste convencerme? Él debe ser rudo en su cariño, y alguna que otra vez te habrá golpeado… ¡Suicidio! ¡Eso es! Déborah, casi me das lástima… No entrarás en la comisaría, ni yo tampoco. Volverás a tu Jackie, y tal vez piensen ellos dos que tus nervios vayan a fallar. Y entonces… te encontrará un agente del tráfico, suicidada en cualquier encrucijada.

Ella se detuvo, y giró lentamente. Su rostro expresaba un intenso odio. Los labios gruesos se fruncieron, y Carl Baxter, que esperaba la clásica agresión femenina, los arañazos, se apartó, esquivando por décimas de segundo el oprobioso insulto.

—La salivilla de las damas no mancha, Déborah. Ven… Regresa al coche, y trataremos de arreglar todo este desgraciado negocio. Te espero.

Se volvió sin mirarla. Le resultaba molesto…

Se sentó, apoyándose en el volante. Oyó la portezuela abrirse, y sonrió:

—Me has convencido, Déborah, y aunque sigo alerta, no quiero leer esta noche, o mañana, nada referente a ti.

—Usted dirá.

—Confesaré mi inmoralidad a quien corresponda, pero ahora

mismo me demostrarás si estás dispuesta a que te ayude. Creo que, dentro de mi inexperiencia, te he indicado que percibo las notas falsas. Si eres insincera, vuelve a escupirme y vete.

—Pregunte.

—¿Quién propuso la sociedad en el truco del marido asesinado?

—Jackie, después de hacer amistad con Cris.

—¿Protestaste?

—Al principio, por miedo a que se descubriera. Pero Cris aludió a que me señalarían al que debiera escoger. Uno en cada Estado, y que Jackie me señalaría de entre los que me rondaban. Sería hombre casado, y que si llegaba a descubrir la trampa, entre el alivio que sentiría al saber que no había matado, y el temor a que su esposa le amargara la existencia, callaría.

—¿Quién mató a John Smith?

—Yo.

Fué lo último que oyó Carl Baxter, porque la que no llevaba bolso ni nada abultado en los bolsillos, había recogido una hermosa y pulida piedra entre el seto de flores y espinos central de la plazoleta.

Y la piedra chocó con vigor y precisión en la sien de Carl Baxter, que quedó de bruces sobre el volante.

CAPÍTULO VI

Después de oír el pronombre personal, los sentidos de Carl Baxter fueron captando sucesivos rumores. Un zumbido agudo, silbando dentro de su cabeza, con pitidos de sirena anunciando la salida del trabajo.

Una perforadora no obedeció la orden, y empezó a levantar porciones de asfalto, destrozándolo como una ametralladora. Pero, por fin, la sirena se impuso, con estridentes e imperiosas llamadas, y cesó el metralleo contra la piedra.

Alguien debió también sentirse imperioso con el que manejaba el cordón que dejaba escapar el chorro de vapor chillón, porque el silbido cesó en decreciente gemido lastimero.

Después el suelo empezó a ondularse… No era el suelo. Aquello tenía que ser forzosamente el mar, y el capitán, un hombre muy amable, gruñía:

—Por esta vez usted sale bien librado, Baxter.

Baxter quiso vociferar en petición de un salvavidas. El capitán gruñó:

—Estése quieto, y dentro de nada, como nuevo.

¿Como nuevo? ¿Y acababan de meterle un alfiler en el cráneo? ¿Un alfiler en alta mar?

Otro alfiler se hincó en su bíceps. Y la obscuridad se fué convirtiendo en neblina grisácea, y, por fin, en nubes blanquísimas.

Carl Baxter abrió los ojos. Respingó, intentando coger la muñeca de Déborah Dikson.

—Quieto, Baxter. Ya pasó lo peor.

No era Déborah Dikson quien poseía aquella muñeca peluda, sino un hombre con bata blanca, que refunfuñó:

—Tiene un calmante local, una anestesia que no le impide

pensar, señor Baxter. Dos puntos de sutura en la sien, y gracias al teniente Cardigan, no se ha desangrado. Duerma bien esta noche, y mañana, podrá sostenerse en pie, pero sin sentirse muy andarín.

El médico se alejó para ir a lavarse las manos al lavabo de aquella sala luminosamente blanca.

Carl Baxter tenía un espejo a unos tres metros. Se vió primero la venda, que le formaba como un aguanta peló de *rugby*. Cinta alrededor de la frente que no resbalaría hacia abajo gracias a otra cinta, atravesando el cabello de sien a sien.

Estaba sentado en una mesa de operaciones. Tenía los ojos hinchados… Y la piel más blanca.

A su lado, un individuo rechoncho, pequeño, encendió un cigarrillo empleando un procedimiento raro. No se lo aplicaba a los labios, sino que aspiraba aire a medio milímetro de la boquilla.

Colocó el cigarrillo entre los labios de Baxter.

—Soy Ludwig Cardigan, teniente federal de la demarcación que comprende Santa Clara. Puse una sombra a Déborah Dikson, por rutina, porque fué una de las conquistas fáciles de John Smith. Otra sombra tuvo que seguir a Jack Dikson. Cuando Déborah le conectó el pedrusco, la sombra supuso que tenía que intervenir. Voy a someter a interrogatorio a Déborah Dikson, y a su marido. Usted salía de visitar a Cris Seldom. Está también a punto de ser interrogado. El manejo de Jack Dikson haciendo señas desde un fumadero de opio, a la ventana de Cris Seldom, mientras usted salía, tiene seguramente relación con el pedruscazo.

Carl Baxter se cogió la cabeza entre las manos. Cardigan fué implacable:

—A nosotros no nos pegan, Baxter. Usted, tan pronto cogió un hilo sucio, debió traérmelo.

Roncamente, Baxter replicó:

—Para usted todo el ovillo, teniente.

Con pausas, para beber cerveza con jengibre, Carl Baxter fué contando el caso de falso asesinato inventado por Cris Seldom.

—… y uno de los tres ha matado a John Smith. Estaba tratando de averiguar cómo, y de qué modo, sin recordar que la jardinería considera preciso adornar con bloques de tonelada los parterres.

—Esta pupa es leve, Baxter. Mañana, como si nada. Muy interesante todo, pero falta el detalle principal. ¿Estaba usted bajo

la cama, en el chalet de los Smith?

—Una pregunta que será muy inteligente, pero que me parece estúpida, y perdone, teniente. Achaco mi mal humor al corcho que el médico me ha metido en la cabeza.

—Así no percibe el dolor, y deberá tomarse cada dos horas un analgésico. ¿Es usted adivino? No lo es. Entonces, ¿qué punto de partida tuvieron sus pesquisas?

—Ya le he dicho que John Smith vino a visitarme.

—Y por las buenas le pidió que no se metiera en honduras. ¿Por qué?

—Porque yo, la noche del doce, me paseaba por delante del chalet de los Smith.

—Vaya… ¿Y sabía lo que iba a suceder?

—No. Me encontraba allí porque seguí a Déborah.

—¿Celillos?

—Algo parecido.

—Su deber era comunicarlo a la policía.

—Olí algo tramposo. Comprenda, teniente, que si tengo el convencimiento de que había un asesinato, yo…

—Lo de siempre. Y así terminan siempre ustedes. Por esta vez, dos puntos de sutura. La próxima, puede ser una trepanación «*in articulo mortis*». Les gusta a ustedes apurar la investigación. No quiero aturdirle más. Vaya a dormir, y mañana, a las once, visíteme. Puede cogerme del cuello. He soportado peores cosas.

A Carl le era desagradable sostenerse en pie, pero pudo llegar hasta el exterior, gracias al apoyo de los rechonchos hombros.

—No está en condiciones de guiar, Baxter. Este coche le llevará a su domicilio.

—Gracias.

—A usted.

Desde el coche oficial, un agente prestó sus hombros, y se despidió con amabilidad:

—Hasta mañana, señor Baxter. Y quiero confesarle un secreto. Tengo un tío segundo por parte de padre, que es privado. Siempre que inicia una investigación, se coloca bajo el sombrero un casco de guerrero.

—Ya sé quién escribe la página cómica de los periódicos: Los federales. Al diablo. Les doy en bandeja…

Pero el federal había cerrado ya la puerta. Carl Baxter aguardó un minuto, y volvió a salir, para bajar apoyando las dos manos en la baranda, como si temiera que se le escapara.

En la calle, esperó dos minutos, y agitó la diestra llamando al «taxi». Subió con dificultad.

El chófer le miró interrogante.

—A Santa Clara.

—No conozco esa clínica, señor.

—La plaga de humoristas terminará con el mundo, Santa Clara ciudad, y no me cante la canción del Monasterio.

—Hay retorno, señor.

—De acuerdo. Y me despierta cuando haya parado el coche delante del chalet de la señorita Marcia Wilmott.

—¿Calle y número, señor?

—Lo ignoro. Pregunte en el pueblo. Soy pariente suyo.

—Cómo usted, quiera.

—¡Dios! ¿Por qué me mira así?

—Puede ser amnesia. Pero si usted es pariente de la señorita Wilmott, y no me sabe la dirección…

—Oiga, acaban de trepanarme, y el taxímetro corre que se las pela. Haga correr su coche, y le quedaré agradecido toda la vida, o lo que de ella me quede.

El «taxi» arrancó, y Carl Baxter se durmió profundamente.

No sabía que eran las ocho y cinco, cuando un chófer perplejo detenía su coche, bajaba, y tocaba el timbre ante una verja.

El mar susurraba cercano. Acudió una mujer alta, de porte severo.

—Buenas noches, señora. Traigo un señor algo estropeado.

—Debe de haberse equivocado de dirección, buen hombre —rebatió severamente Edna Booth, el ama de llaves.

—¿Vive o no vive aquí la señorita Wilmott?

—Es aquí, en efecto.

Carl Baxter se apeó, algo mejorado de su letargo. Le punzaba la sien, pero la inyección segunda, surtía efectos.

El chofer se aproximó.

—Doce dolares, señor.

—Hasta quince cargaré en gastos generales. Adiós.

—Muchas gracias, y que se alivie, señor.

Carl Baxter avanzó. Poca luz y aparte el rumor del mar, el silencio, opresivo del campo.

—La señorita Wilmott me espera.

—Soy Edna Booth.

—¿Qué tal, querida hermana?

El chofer, pisando el acelerador, sacudió la cabeza con melancolía. Un cliente tan generoso, y abocado a un triste final de manicomio. Le daba por creerse pariente de todo el mundo. Se le aparecía una bruja, y apenas la bruja daba su nombre, el joven de la cabeza vendada la llamaba hermana.

Edna Booth no replicó, y cerró la verja.

El chalet era de agradable estilo, pero la poca luz y el estado de ánimo de Baxter no estaba dispuesto a contemplaciones estéticas.

Subió unos peldaños, y respiró al oír un gemido.

Marcia Wilmott, llevándose las manos a la boca, murmuraba:

—¿Qué le ha sucedido, señor Baxter?

—Me llamo. Carl Booth, Marcia. Vamos a donde haya un sillón.

Carl Baxter no quiso tampoco fijarse en qué sin gabardina y sombrero, había «mucha mujer» en Marcia Wilmott. Se limitó a pensarlo. Tampoco miró a una escuálida jovencita de opulento busto, detonante en su anatomía, aunque murmuró:

—Tanto gusto, Bárbara. Mañana charlaremos, ¿eh? Déjenme cerrar los ojos, y hablaré mejor. ¿Puedo hablar a solas con usted, Marcia?

—Sí. Mi sobrina y Edna esperarán en el comedor, Dígame, señor Baxter: ¿prefiere ir a la cama?

—¿Le ha telefoneado alguien desde San Francisco?

—Nadie.

—¿No ha venido ningún policía?

—No.

—Escuche. Usted tiene la culpa de todo esto, o mejor dicho, los dos malditos críos que la tuvieron despierta la noche del doce, cuando vió usted a John Smith con Déborah Dikson. No me interrumpa, o me duermo. El teniente Cardigan estará tomando declaración a Cris Seldom, y tardará en sacarle nada en limpio. Pero puede que usted salga a relucir. Cuando venga Cardigan o envíe a un agente, usted no hable para nada de la casa del Este. Y en cuanto a la del Oeste, usted se asomó y vió en la ventana a Smith y a

Déborah. Después me vió a mí paseando.

—Usted no estaba allí, señor Baxter.

—Por el cielo santo, Marcia. No abuse de mi debilidad. Usted me vió paseando, y me identificó porque nos conocíamos desde mucho antes. Fijo la fecha para coincidir: nos conocimos el 7 de febrero en la Biblioteca Central, donde usted iba a leer lo que quiera, y yo le consulté a propósito de un calendario.

—Creo, señor Baxter, que…

—El 7 de febrero, en la Biblioteca Central. Y anoche, usted, aprovechando un viaje a San Francisco, vino a saludarme. Y charlamos de tonterías. De mi estudio sobre los wikingos, y de sus flores y bichos. Es necesario que el teniente Cardigan no sepa que usted hizo una carambola.

—No entiendo.

—Usted vino a hablarme de críos y de dos esposos, y resulta que al otro lado, mataban a un hombre, que resucitó. Por cierto, lo mismo que le ocurre a Arliss.

—Señor Baxter, debe usted ir a la cama.

—Vamos. Quiero decir, que me acompañe, porque estoy algo sonado. Me dieron con un vulgar pedrusco de jardín en la sien. Fué Déborah.

—Apóyese en mi brazo.

—Sin que sirva de precedente.

Subiendo las escaleras, Baxter, bajo los efectos del sedante, y pasado el breve efecto del revulsivo, murmuró:

—Recuérdelo. Nos conocemos desde el 7 de febrero, y por lo que más quiera, no hable de la otra casa, o vamos a la cárcel.

Marcia Wilmott creyó más prudente mostrarse conciliadora.

—Haré lo que usted me ha dicho, señor Baxter. ¿Debo también decir que es usted el hermano de Edna?

—A la policía, no. Pero a los demás, sí. En fin, Cardigan debe quedar convencido de que nos conocemos desde el 7 de febrero.

—Sí, señor. Baxter. Ésta es su alcoba. ¿Quiere cenar algo?

—Un desayuno para cuatro, a las ocho de la mañana, Marcia. Pero recuerde que…

—Duerma y no se preocupe.

Carl Baxter se desnudó a tirones, y a tientas se embutió entre las sábanas. Iba a dormir como nunca, cerca de doce horas seguidas.

Marcia Wilmott se limitó a explicar, al entrar en el comedor:

—El señor Baxter, en sus investigaciones, ha recibido un mal golpe.

—El mal golpe…

—¡Te callas, Bárbara! El señor Baxter y yo sabemos lo que nos hacemos.

Pero Marcia Wilmott tenía sus dudas.

Y el teniente Cardigan también.

Se presentó a las siete y media de la mañana, recibido con hostil mirada por el ama de llaves.

—Teniente Cardigan. Lamento la hora, pero deseo hablar con la señorita Wilmott.

La señorita Wilmott apareció cinco minutos después. Ludwig Cardigan tenía una arraigada predilección por la lozanía rolliza.

—Siento haberla despertado, señorita Wilmott, y no la hubiera molestado, a no ser por las declaraciones de un tal Cris Seldom.

—Desconozco a este señor, teniente.

—Cris Seldom es detective privado, mejor dicho, lo era. Pretende que usted vió cómo John Smith mataba a Jack Dikson, y se lo calló, para intentar… En fin, es una acusación calumniosa, pero lo cierto es que usted, no ha acudido a la policía oficial, y en cambio, fué a visitar al detective privado Carl Baxter.

—Conozco a Carl Baxter desde el siete de febrero, en que a propósito de unas consultas en la Biblioteca Central, hicimos amistad. En cuanto a Jack Dikson, ignoro siquiera el aspecto que tiene. Conocí al infortunado señor Smith porque era mi vecino, y aprecio a Doris.

—La noche del doce, ¿estaba usted en la ventana oeste de su desván, señorita Wilmott, alrededor de las once y media de la noche?

—Sí. En efecto, y vi muy bien a John Smith en compañía de una mujerzuela. Me extrañó ver también a mi amigo Carl paseando la calle. Bajé a reprocharle que estando en Santa Clara no viniera a visitarme, pese a la hora.

—Bien. ¿Es cierto que la noche de ayer usted visitó a Baxter en su despacho de la ciudad?

—Fui a hacer unas compras, y me llegué a saludar a Carl.

Un leve sonrojo cubría las satinadas mejillas sin maquillar.

Ludwig Cardigan pensó que Carl Baxter era guapo y tenía suerte.

—Una última pregunta, y perdóneme, pero es obligada. El deslenguando de Seldom pretende que su sobrina quería impedir a usted que entrara en el despacho de Baxter.

El sonrojo aumentó.

—No estoy enamorada de Carl, pero esto cree mi sobrina.

—Muchas gracias. Todo concuerda. De todos modos, señorita Wilmott, tengo que rogarla que a las once treinta esté en mi despacho de la ciudad. No es mi despacho, sino el del comisario federal de San Francisco, pero lo empleo provisionalmente. Tan sólo para que confirme por escrito lo que acaba de declarar.

—¿Desea una taza de café con leche, teniente?

—Se lo agradezco, pero tengo que efectuar otra visita. Quedo su servidor, señorita Wilmott.

Marcia Wilmott acompañó al federal hasta la verja. Regresó pensativa. Le hacía el efecto de pisar un terreno húmedo y esponjoso.

Encontró en el comedor a Carl Baxter, hundiendo con frenesí un bizcocho en taza de humeante chocolate.

—Marcia, es usted angelical, deliciosamente embustera, y me arrobó oírla mentir. Edna me despertó, para comunicarme la visita del teniente Cardigan, y he estado escuchando. Me encuentro magnífico de forma, y ahora podré explicarle todo lo que anoche estaba confuso.

—Realmente se lo agradecería, señor Baxter. Confieso que temo haber ido demasiado lejos.

—Quise evitarle que la policía le acusara de encubrir un crimen. El de la falsa muerte de Jack Dikson.

—Pero si yo… yo fui a hablarle de los señores Brent.

—Ahora va a comprenderme mejor, y perdone que hable con la boca llena. Usted por carambola, y sin verlo, ha sido quien ha descubierto al trío de chantajistas. Se lo contaré todo detalladamente.

Cuando Baxter hubo terminado su detallada exposición de los hechos y su copiosísimo desayuno, Marcia Wilmott permaneció unos instantes pensativa.

—No acabo de entender lo que se propuso Déborah Dikson con su extraña confesión.

—Entontecerme. Ella es práctica en reconocer los flacos, varoniles. Vió que mi flaco consistía en sentirme algo molesto por tener que llevarla a la policía.

—¿Ella ha matado al señor Smith?

—Lo averiguará Cardigan.

—¿No cree que yo debería decirle al teniente Cardigan todo lo referente a los señores Brent?

—Hágalo, y cometerá una deslealtad conmigo.

—Es para evitar complicaciones.

—Ya se presentaron, y no serán mayores. Escuche, Marcia, usted no puede arrebatarme el platito de nata. Yo, a las once, tengo que ver a Cardigan. Usted mantendrá su declaración de ayer noche. Y así, cuando le entregue a Cardigan el caso resuelto del nuevo trío Irene-Percival-Franklin, usted y yo estaremos a salvo de responsabilidad. Su vista es buena, y esperó que sus prismáticos también. ¿Está dispuesta a jurarme: que el cuerpo que fué trasladado al invernadero, pertenecía sin lugar a dudas al llamado Franklin Arliss? Tenga presente que hacía tiempo que no le veía.

—Lo juro. El señor Arliss tenía un aspecto muy personal. Era él.

—Es maravilloso… Jackie Dikson resucitaba, porque sabía hacerse el muerto ante un tonto. Pero ¿qué opinión le merece el Departamento de Guerra, Marcia? No, no es consecuencia de mi contacto con un pedrusco. El Departamento de Guerra da por muerto a Arliss en Corea, y usted lo ve vivito y coleando el viernes, catorce. Ya lo aclararé… pero ahora dígame, Marcia: ¿ha quemado ya la gabardina y el sombrero?

Marcia Wilmott sonrió, y Carl Baxter cerró los ojos, susurrando:

—Durante algunos días, en cada sonrisa femenina no podré evitarme el ver una hilera de pedruscos, Marcia. Concretemos. Cuando vea a Cardigan, le dirá que yo vine a dormir aquí. Podría saberlo. ¿Motivo? Que usted me cuidase, como una buena compañera. Y ahora, dormiré un rato, hasta que a las diez y media, vayamos a Prisco.

A las diez y cuarenta, conducía Marcia Wilmott de nuevo, enfundada en su gabardina, y trenzados los cabellos bajo el sombrero masculino.

Carl Baxter dormitaba a su lado. Se despertó cuando, ya por Market Street y entre el fragor de la intensa circulación, en una

parada de tráfico, Marcia Wilmott anunció:

—Le he firmado su cheque, Carl.

—¿Qué cheque?

—Los quinientos dolares.

—No los quiero. Yo sigo con el asunto, aun contra usted, y contra Cardigan, si es preciso.

—El trato fué que le pagaría esta suma, si los niños dejaban de importunarme. Esta noche, todos los muebles de los Brent han sido llevados en conductora a un nuevo domicilio, y sobre la puerta ha quedado adherido el cartel de alquiler. He quedado pues libre de los niños llorones.

—Yo no. Y no cogeré su cheque hasta que no resuelva este caso. No es preciso que sepa la nueva dirección de los nenes. Conozco la tienda deportiva de Percival Brent. Vendré a contarle el final, Marcia. Y ahora, aquí me quedo. A las once y media, a usted le tocará mantenerse en lo que anoche dijo o…

—Me mantendré firme, Carl. Tenga usted suerte.

Carl Baxter asintió levemente, porque prefería no mover mucho la cabeza. Ella se alejó conduciendo con destreza, y dispuesta a no ser «desleal».

CAPÍTULO VII

Ludwig Cardigan casi pareció excusarse al especificar:

—Dando por bueno cuanto ha firmado, Baxter, tengo que advertirle que el contribuyente paga a los federales porque supone que éstos trabajan. En cierto modo, le debo gratitud porque me ha servido en bandeja tres chantajistas originales. Saldrán con poca condena, y guárdese bien de Cris Seldom. Es vengativo.

—¿Poca condena? John Smith no era un ángel, pero murió.

—La imaginación, si es excesiva, nos hace ver demasiadas pistas, Baxter. Por si no bastara el informe forense, ratificado por otros dos expertos, tenemos también la evidencia de que ninguno de los tres granujas mató a John Smith. Y no hay todavía ninguna ley que pueda castigar a los que sin proponérselo, indujeron a un suicida de nervios flojos, haciéndole creer en un falso difunto. John Smith se suicidó. Después de beber copiosamente. Debió de pensar qué, por la muerte de un esposo ofendido, iría a la silla eléctrica.

—¿Por qué, entonces, Déborah tenía miedo que sus dos cómplices pudieron «suicidarla»?

—Ella misma creía que lo habían matado. Ahora que todo ha quedado bien aclarado, quisiera ser su amigo, Baxter.

—Gracias. Usted lo es ya para mí, puesto que, de lo contrario, la pedrada me habría podido dejar seco.

—Seremos amigos si me dice lo que tiene entre ceja y ceja. Yo fingiré creerme lo que me cuente la señorita Wilmott, pero con usted seré severo. Hay algo que me calla, Baxter, y llegado el momento, podría hacerle retirar la licencia. Le leyeron cierta reglamentación, que en los casos privados, si hay indicios de asesinato, les obliga a ustedes a poner en antecedentes a la policía.

—Jack Dikson no era un asesinado.

—No hablo de Jackie, y a usted le consta.

Los ojos del rechoncho teniente demostraban que los contribuyentes no eran estafados al confiar en los federales.

—Yo le prometo que si tropiezo con asesinos palpables, vendré volando a hacérselo, saber, teniente.

—Como usted quiera, Baxter. Adiós.

—O hasta la vista, teniente. Puede darse el caso de que nos volvamos a tropezar.

—Esto me temo.

En la calle, Carl Baxter atribuyó las misteriosas advertencias de Cardigan a la constante inquina recelosa de los oficiales contra los privados.

Tomó dos comprimidos antes de empuñar el volante de su recuperado «Mercury». Estaba ya en mejores condiciones que la víspera.

Y estaba también muy dispuesto a seguir su táctica personal. Era una estrategia peligrosa, pero productiva. Ir al asesino y decirte que hablara, era acumular negativas… y un posible traslado en ambulancia.

Pero aunque el hombre es el único animal que tropieza dos veces en una misma piedra, no olvidaría tan pronto a Déborah Dikson y su guijarro alevoso.

En Nob Hill, el barrio elegante, era donde Percival Brent tenía su tienda. Una planta baja, de doble escaparate, cuyos cristales reflejaban variados artículos deportivos.

Y los dos hombres que había en el interior, eran una viva propaganda del aforismo «mente sana en cuerpo sano». Vestían también deportivamente.

—¿El señor Brent, por favor? —inquirió Baxter.

—Yo mismo.

Un hombre de anchas espaldas, hermoso rostro saludable, ojos brillantes de salud… o de recelo. Cortés, sin obsequiosidad.

—Me agradaría, hablarle privadamente, señor Brent.

—Sírvase acompañarme a mi despacho.

Al fondo, a la izquierda, detrás de un estante con remos y cañas de pescar, en artística combinación, una puerta daba acceso a un despacho muy comercial. Catálogos en archivos giratorios de peana, albaranes, teleblocks, todo daba la impresión de una organizada

eficiencia.

Percival Brent señaló una silla, que también demostraba que allí se trabajaba, y no era lugar propicio a somnolencias. Él permaneció de pie, reclinado contra el reborde de una mesa, con los brazos cruzados.

Carl Baxter extrajo de su bolsillo, un paquetito, que a primera vista parecía un mazo de naipes. Los abrió en abanico, y extrajo una cartulina.

—Mi visita es totalmente privada, Brent. Se refiere a intimidades, y si las comento se debe a que soy detective privado.

Percival Brent mostró los blancos dientes en risueña mueca.

—Su vendaje, y cierto aire de energía decidida, me hicieron presentir que tal era su profesión.

—Desmiéntame si me equivoco. Usted era viudo y tenía un hijo de pocos meses, cuando se casó con Irene, la cual a su vez había enviudado de un valiente luchador, que en Corea fué hecho prisionero, y después, dado por muerto. Irene llevaba ya el fruto de su primer matrimonio, y ésta es la razón por la que tienen ustedes dos hijos, que sin ser gemelos, tienen aproximadamente la misma edad.

—El hijo de Franklin Arliss tiene dos meses menos que el mío.

—Parece ser que ambos rivalizan en lloriquear de noche.

—Muy cierto. Pero ya perderán esta mala costumbre, motivada por una causa que tardaron en hallar los puericultores. Ambos están aquejados de unas contracciones pulmonares, que les importunan durante el sueño. Pero están en vías de curación.

—Lo celebro por las criaturas. Las oí llorar una noche, Brent. Soy un noctámbulo impenitente. Y una noche determinada estimé que los alrededores de los acantilados, al exterior de Santa Clara, eran los más idóneos para sumergirme en el éxtasis campero y marítimo.

—Un sedante para los ciudadanos de cerebro activo.

—Percibo una ironía elegante en sus frases, Brent.

—No lo puedo remediar. Y es preferible ser irónico, que agresivo, sobre todo teniendo en cuenta, que lleva usted la cabeza vendada.

—Hasta ahora no creo haberle ofendido.

—Ni yo a usted. Me limito a escucharle, cuando muy bien

podría haberle indicado que, por más detective que usted sea, dudo que el llanto de dos niños que le sacaron de su paseo nocturno, le faculte para inmiscuirse en mis asuntos. No obstante, ésta es una hora de poco trabajo. Mis clientes suelen acudir por las tardes o a primera hora de la mañana.

—Su amabilidad me conmueve, Brent. ¿Consideraría ofensivo que le preguntase por la salud del señor Franklin Arliss?

Percival Brent debía de poseer un sistema nervioso de primera categoría, o estar prevenido. Contestó:

—Usted mismo dio por admitido que sabía que Arliss murió en Corea.

—Dije que lo dieron por muerto. Hay un matiz diferencial.

—Es frecuente dar por muerto en la guerra, pero el Departamento de Guerra, es quien mejor puede contestar a su pregunta acerca del estado de salud de Arliss.

—Me admira su sangre fría, Brent.

—Una ducha todas las mañanas, después de media, hora de gimnasia, tonifica el temple.

—Pondré las cartas boca arriba. Soy novato en mi afición detectivesca. No le sobresaltará que le anuncie que he visto con mis propios ojos a Franklin Arliss.

—Una revelación que compromete su vista, pero no mi estado. No existe delito de bigamia, por cuanto me casé con Irene, una vez obtenido el certificado de defunción del primer marido.

—¿Y el segundo certificado, Brent?

Percival Brent entornó los párpados, como quien intenta acertar en la respuesta.

—Si se refiere al certificado de adopción legal del hijo del primer marido, lo poseo.

—Me refiero a la segunda muerte de Franklin Arliss, no registrada en el Departamento de Guerra.

—Sólo se muere una vez, por suerte o desgracia.

—Bien, estimando que su ironía pudiera rozar el cinismo, y admitiendo también que mi vista pudo fallar, intentaré hacer comprobaciones por otro conducto.

—Le ruego que no tome como conducto el camino que conduce a mi casa. Interrogar a mi esposa, lo consideraría altamente desagradable.



En el «Stella» estaban bien informados, aquí hay fonda.

—No pienso hacerlo, Brent. Me he limitado a avisarle. Tiene usted muchos atenuantes.

—Me encantaría oírlos.

—Supongamos que, por razones que él sabrá, Franklin Arliss no comunica su retorno a la vida, y aparece de pronto ante su esposa… digamos por ejemplo, el último viernes, día catorce. Ella calla, tal

vez porque Arliss la amenace con un chantaje o lo que sea, y usted de pronto, cierta noche, sorprende a Arliss. Pelean, y usted resulta el más fuerte. Hay un invernadero propicio. Y usted no saca el segundo certificado de defunción de Franklin Arliss.

—Magnífico. Esta versión es su deber presentarla a estudio del Departamento de Guerra.

—Sólo me creerán cuando presente el cuerpo del delito. Es una ley dura, pero es ley. Por más que todos los indicios permitan suponer que usted mató a Arliss, debo aportar el cuerpo del delito.

—Repito que es su deber ir al Departamento de Guerra.

—Gracias. Y yo repito que le admiro, Brent. De dos cosas, una: o usted tiene plena confianza en que nunca será hallado Arliss, o me juzga imbécil.

—Le considero inteligente, y tengo la confianza de que si Arliss está con vida, sabrá, dado su aventurero carácter, aceptarme como definitivo esposo de Irene.

Levantándose, Carl Baxter se abanicó con su sombrero. Estaba sinceramente admirado…

—No sé si es cinismo, Brent, pero lo que sí sé, es que me ha picado usted la honrilla. Volveré a visitarle cuando haya encontrado la prueba. Y sería altamente melodramático que le dijera que, a partir de ahora, procuraré evitar que me obsequie usted con algún vendaje de su tienda.

—No los tengo pura lesiones graves. De todos modos, yo, en su lugar, no iría a determinados sitios.

—¿El invernadero, por ejemplo?

—Yo en su lugar, saliendo de aquí iría al Departamento de Guerra.

—No voy hasta que pueda demostrar que no soy un visionario.

—Usted no es un visionario ni mucho menos.

—Gracias. Admite, pues, tácitamente, que lo que presencié a distancia, la noche del lunes, diecisiete, no fué visión.

Percival Brent sonrió amablemente, casi con cordialidad compasiva, pero Baxter recordó que era la misma sonrisa que dibujaron los labios del astuto Cris Seldom.

—¿Puedo saber qué vió usted aquella noche?

—No era una flor tronchada en su maceta, lo que usted transportaba al invernadero. ¿Basta como anticipo?

—Me duele comprobar, que no irá Usted al Departamento de Guerra.

—¿Y me dolería ir donde usted me quería aconsejar que no fuese?

—Comprendo que usted es valiente, y da una interpretación de reto a mis palabras. Le acompañaré hasta la puerta y lo último que pienso decirle, será en bien de los dos. Me disgustaría me creyera un cínico.

En el umbral, Baxter, después de haber cedido siempre la delantera a su enigmático personaje, aguardó.

Percival Brent parecía muy regocijado al disponerse a hablar. ¿Regocijado o solapada intención de poner a prueba si la valentía era temeraria?

—Buenos días, y no vaya al «Punta Lobos». Cualquier marinero le dirá dónde está el «Punta Lobos». Buenos días.

CAPÍTULO VIII

Angus Alastair, a las tres de la tarde, tenía su mejor momento. Era el lapso de completo reposo.

Acogió con ojeada de curiosidad a Carl Baxter.

—Hola, enciclopedia. No tienes por qué mirarme así, puesto que has tenido que recibir mi documentado informe sobre el caso Seldom-Déborah y Jackie. No sé si también dominas La traumatología, pero cuando un hombre normal, recibe un golpe en una sien, si no se muere, se le hinchan un poco los ojos.

—Todo esto ya me lo sé, y gracias, Carl. ¿Qué tal, qué tal?

—Debe de ser el golpecito pero hoy noto en el aire un aroma de humorismo. ¿Puedes decirme en qué soy tan gracioso sin proponérmelo?

—Vas progresando, Carl. Resolviste casi de un golpe, y no hay segunda intención, el problema que atosigaba a Cardigan. ¿Qué llevas ahora entre manos?

—El sombrero.

—Me refiero, a la razón por la que vino Cardigan a intentar sonsacarme si sabía yo en qué nuevo caso estabas metido. Juré sinceramente la mayor ignorancia.

—En la que continúas. El trato es el trato. Tú me respondes satisfactoriamente a mis preguntas, y yo te reservo las primicias.

—Hay un peligro. En poco tiempo, resuelves dos casos difíciles. El éxito puede embriagarte. No te metas en el terreno de los federales.

—Estoy en un terreno muy mío.

—Adelante pues, ¿qué quieres saber?

—A lo mejor, puedes describirme el «Punta Lobos».

—Coge tu coche, y más allá de Richmond, dejando atrás el

Acuario, llegas a South Bay, el muelle de los orientales. Lo llaman así porque allí descargan los barcos que proceden de Asia.

—De Asia, ¿eh? Interesante. Sigue, enciclopedia.

—Estuve solo una vez en el «Punta Lobos». Para coger en caliente las declaraciones de testigos que vieron apuñalar a dos seres tras los que la policía andaba hacía ya tiempo. Por gusto, no volveré a poner los pies en el «Punta Lobos».

—¿Huele tan mal?

—Peor. Es un antro frecuentado por la marinería que no dispone de medios para beber con finura ni pretender amores de paso con cierta delicadeza. Un sitio ideal para que, si entra uno como tú, salga en calzoncillos, suponiendo que no los lleves de buena clase. De vez en cuando, la policía efectúa una redada, y no falla. En el «Punta Lobos» encuentra dos o tres candidatos a la perpetua, que se hospedaban allí. En especial, espías…

—¡Maravilloso! —comentó, con excitación, Baxter—. Barcos que proceden de Asia, y espionaje. Dos pistas. Tendrás un reportaje estremecedor.

—¡Si piensas meterte a husmear por el «Punta Lobos»!, no dudo que obtendré un reportaje escalofriante. Veo ya el titular: «El Genial Baxter, en breve actuación, perece víctima de su curiosidad».

—Soy duro de pelar. Me pueden cazar por sorpresa, pero dudo que en el antro que me has descrito, puedan sorprenderme. ¿Dónde puedo enterarme del último barco que, procedente del norte de Asia, haya vuelto a zarpar con fecha muy reciente?

—El
«Lloyd's».
¿Es un caso de marineros?

—Algo parecido. Eres una fuente de información, y un talento.

—Eso me dijeron muchos, y con el tiempo me fui enfureciendo, pero cada vez que digo esta frase, no puedo dejar de recordar a los gladiadores, que decían: «Te saludo, César, antes de perder la piel». Venían por información, periodistas novatos deseando apuntarse un tanto, porque seguían una pista y querían sacar la foto del asesino en su cubil. Venían por información, detectives privados como tú, aunque menos inteligentes. Y yo les daba el primer ladrillo para su lápida. Pero te comprendo, muchacho. Si preferiste renunciar a la deliciosa miel de Hazel, y has optado por la luna sombría que

ilumina el sendero de la investigación…

Angus Alastair pidió otro café. Carl Baxter estaba ya conduciendo su «Mercury», camino de las oficinas marítimas del «Lloyd's».

A las cinco de la tarde, había efectuado varias compras. Y constantemente varió la dirección de sus pasos, hasta convencerse de que el teniente Cardigan no le había colocado ninguna «sombra».

A las seis de la tarde, se contempló en el espejo de la modesta habitación alquilada por una noche en el barrio de Richmond.

Quitada la venda, y con sólo el esparadrapo cubriendo su sien. Tenía el aspecto apropiado. Un camorrista, porque la gorra de visera negra, echada hacia atrás, el jersey a rayas horizontales, el chaquetón de cuero, el pantalón azul, y las gruesas botas le transformaban en un marinero de «pocos amigos».

Así vestían los fogoneros y todo el personal debajo puentes. Pero no llevaban pistola en el bolsillo del pantalón… y él, sí.

A pie, con un saco de lona con otro equipo igual al que llevaba, y que le serviría para sus vacaciones en busca del salmón, Carl Baxter atravesó la alameda que conducía al Acuario.

Percival Brent le aconsejó que no visitara el «Punta Lobos». Visitándolo y permaneciendo a la espera, dispuesto a conservar el físico, tenía que surgir algo, porque Brent, enterado ya de que él sabía que Arliss no había muerto en Corea, sino en un chalet de Santa Clara, intentaría desembarazarse de aquel testigo tan juvenil y alocadamente imprudente.

Baxter se puso, a silbar por lo bajo. Empezaba a comprender a los pilotos que se ofrecían para probar los últimos modelos de aviones supersónicos.

La excitación de no saber si al minuto siguiente se estaría vivo, avaloraba, inmensamente la vida, sobre todo si, con ello, se resolvía el más cautivador problema: demostrar a un asesino que lo era.

Y procurar, a la vez, que el asesino no demostrara prácticamente que lo era en la persona del que quería demostrarlo.

Las calles iban estrechándose, y el olor salobre vencía al de humedad terrestre. Desembocó en la South Bay, siempre activa, hirviente de camiones que iban y venían, en su alterna misión de rellenar y vaciar las hondas calas de numerosos barcos mercantes.

En la calle Seven Seas cada marinero podía encontrar el

ambiente natal. Banderines de todas las nacionalidades ondeaban ante los umbrales de cafetines, *cabarets* y fondas.

South Bay había sido el antiguo emplazamiento de la primitiva ciudad, y terremotos e incendios, no pudieron impedir que después de cada destrucción, volvieran a construirse idénticos comercios, los aptos para la marinería, que seguiría anclando en South Bay.

A la madera como material de construcción siguió la piedra, pero el espíritu era el mismo. Marinos de paso, amoríos fugaces o bruscamente truncados por muerte violenta de uno de los dos eternos actores de la eterna tragicomedia del amor…

Sólo habían ido variando los instrumentos y decoraciones. Donde antes se oía un violín torpemente rasgueado, ahora la radiogramola, o el tocadiscos automático, funcionaba con variado repertorio.

Donde antes hubo la denominación «saloon», había ahora diversos letreros de moderna contextura, pero de contenido idéntico.

Carl Baxter penetró, en la travesía sexta de la Seven Seas. Empezaba a comprender por qué los guionistas de cine se empeñaban siempre en colocar entre las manos de marineros, una armónica o un acordeón.

Armónicas y acordeones desparramaban sus escalas cromáticas, surgiendo de pronto a la calle, cuando algún concurrente abría o empujaba alguna puerta de tabernucho.

Se detuvo bajo la gran pancarta:

«PUNTA LOBOS»

Era, en cambio, muy pequeña la puerta que empujó. Un rellano, y unas escaleras descendiendo en espiral. Un olor muy complicado, en el que se mezclaban color de humanidad, perfumes baratos y vaho de setas.

Mientras bajaba, comprendió que el olor a setas, lo producía la condición de sótano que tenía el local.

Al término de las escaleras, experimentó la sensación de ser un capitán de mar, contemplando desde el castillo de popa, la cubierta del barco.

El sótano era largo y estrecho. A cada lado, babor y estribor, unos tabiques a la altura de un hombre. Compartimientos para

mesas y sillas.

El centro, despejado, servía de pista de baile, pero nadie lo empleaba. Al fondo, en otro rellano idéntico al que estaba pisando, un bar.

Se oían susurros, chasquidos y risas. En el rellano del bar, dos individuos encaramados en taburetes, volvían las espaldas. Tras el mostrador, otros dos individuos, en mangas de camisa, parecían no conceder importancia al nuevo cliente.

Carl Baxter casi agradeció que un acordeón empezara a gemir, porque a su conjuro, de uno de los compartimientos, surgió un individuo vestido con elegancia de jornalero en domingo, el cual arrastraba de un brazo a la que pronto se enlazó a su torso, como si, en vez de bailar, se propusieran comprobar cuál de los dos pesaba más.

Se bambolearon, y con ello parecieron animar a otros. Un modo de bailar sorbido, donde la lascivia no se encubría con orquesta y buena ropa.

Carl Baxter atravesó la pista sin dificultad. Las parejas tenían ritmo, pero sabían evitar desplazamientos fatigosos en aquel ambiente cálido y de rara originalidad.

Subió unos peldaños, y eligió un taburete. Uno de los dos en mangas de camisa, se acercó, para pasar un trapo encima del zinc.

—Dos limones estrujados en agua helada —pidió Baxter, colocando un dolar de plata sobre el zinc.

El camarero retiró el trapo y el dolar. Ladeado en el taburete, Carl Baxter miró de nuevo a la pista.

El acordeón seguía tangueando, y las parejas bamboleándose. Ellas, mostraban una extraña predilección por los zapatos con lazos y los jerseys negros.

Pero ni uno solo de los bailarines vestía ropa marinera, sino trajes de confección barata.

Un choque sobre la chapa de zinc, arrebató a Baxter de la contemplación del espectáculo, nuevo para él.

Miró el vaso, y fijando sus ojos en el camarero, dijo secamente:

—Dos limones estrujados en agua helada, significan agua helada con dos limones estrujados. Esto es jarabe con agua del grifo.

El camarero se alzó de hombros, como dando a entender que lo importante era devolver el cambio, que fué colocando al lado del

vaso.

—Busco cama y tres comidas, y me han dicho que aquí dan las cuatro cosas.

El camarero volvió a alzarse de hombros y se marchó. Pero fué a tocar en el zinc delante de uno de los dos que estaban de perfil, sobre taburetes.

Un individuo de rostro afilado, cabellos negros adheridos como laca al cráneo, y vistiendo con mayor distinción que el resto de los presentes, bajó de su taburete y vino andando como si le costara un esfuerzo.

Tenía un bigotillo diminuto, y sus ojos abultados miraron interrogantes a Carl Baxter.

—Si en el «Stella» estaban informados, aquí hay fonda.

—La hay, amigo. ¿Eres del «Stella»?

—Lo fui. Tuvimos una diferencia el pagador y yo.

—Ya. Soy Adrián, el dueño. Si puedes pagar cinco por fecha, hay fonda.

—Me dijeron, que esto era seguro y barato.

—Seguro, sí, y por esto mismo es barato.

—Ahí van diez pavos, por dos fechas.

—Buenos son. Si quieres cenar, puedes meterte en cualquier compartimiento. Si quieres compañía, allá tú. Si quieres ver tu camarote, sube conmigo.

—Después, Adrián. Me llamo Carl.

—No me importa cómo te llamas, pero sí debes saber que aquí dentro los que hacen preguntas, o se meten a curiosear, no vuelven más. Y si te busca la policía, múdate, porque no eres de los recomendados.

Adrián regresó a su taburete. Carl Baxter chasqueó los dedos, y el camarero acudió con lento paso.

El acordeón había enmudecido, y la pista, larga y estrecha, estaba de nuevo desierta.

—Llévate este vaso, y dame un coñac.

—No damos nada. El coñac de la casa vale cuarenta centavos.

—Como ésos.

Carl Baxter conocía por vez primera una sensación difícil de precisar. Todo era hostil. Era otro mundo. No importaba que arriba existiera una ciudad con millones de habitantes.

Lo que veía y lo que no veía, hablaba de un mundo infrahumano muy apropiado para vivir bajo tierra, de mujeres sin dulzura femenina, y de hombres sin calor humano.

Creyó que encontraría una ruidosa taberna de borrachos exhuberantes, de marineros en escala, y se había metido en un túnel donde el silencio resultaba opresivo, como impregnado de hostil amenaza.

Cogió la copa de coñac, y se mojó los labios. Sonó de nuevo el acordeón, y fueron reapareciendo las parejas.

Carl Baxter meditó que si él tenía que resistir horas aquel modo de divertirse, terminaría subiéndose a una mesa y gritando al invisible músico que tocara un «bugui», para dar animación a los que parecían peleles…

Soltó la copa, que volvió a recoger al vuelo, inclinándose. Adrián se había ido, y sólo quedaba el segundo consumidor…

Un hombre alto, flaco y pelirrojo…

Carl Baxter no supo si debía maldecir a Marcia Wilmott, o maldecirse por ser tan imaginativo.

El hombre alto, flaco y pelirrojo, no tuvo que bajar del taburete, sino posar las suelas de sus zapatos. Miró a Baxter, y acercándose, preguntó:

—¿Tanta impresión te causa verme, marinero?

Era la parlante y viva imagen del retrato que Carl Baxter se había procurado de Franklin Arliss.

CAPÍTULO IX

Carl Baxter prefirió morderse los labios, asentir en silencio, y tratar de refrenar la galopada de su imaginación.

El pelirrojo alto y huesudo tenía ojos grises, duros, pero su voz era acariciante. Se acodó en el mostrador, contemplando a Baxter como quien mira a una especie de la fauna, antes de catalogarlo.

—Me llamo Carl, y no he querido molestar. Pero es que me están pasando cosas raras.

—Y más te pasarán, Carl, si sigues bebiendo el coñac de Adrián. ¿Qué cosas raras le pasan?

—Hace menos de un mes, se me presentó una señora, así de pronto, como usted. Y los periódicos la daban por muy fallecida.

—Cualquier científico te dirá que todos tenemos nuestro doble. Si estás solo y aburrido, podemos compartir nuestras soledades y aburrimientos.

—A ello.

El pelirrojo bajó las escaleras, pasó entre varias parejas, y penetró en el estrecho espacio dejado para una mesa y dos bancos, entre dos tabiques.

Se sentó contra el fondo, y Baxter lo hizo en el otro banco, enfrente, apoyando los codos en la mesa, después de dejar el saco de lona bajo la mesa.

—Era interesante eso de la fallecida de los periódicos, Carl.

—Aquí se asfixia uno. Estaría yo mucho mejor en la calle. ¿Por qué no vamos fuera?

—Por dos razones. La primera, que yo no puedo salir fuera, y la segunda, que, mientras sigas con los codos sobre la mesa, no tendré que apretar el gatillo. Un plomo en la barriga te acabaría de asfixiar.

La voz seguía siendo acariciante. Carl Baxter comprobó que el pelirrojo sólo tenía una mano visible. La otra, por la posición del brazo parecía apoyarse en su rodilla.

Los ojos grises daban razón al clisé de «taladrantes como el acero».

—Oíste a Adrián, y yo también. Aquí los curiosos, no vuelven más.

—Nunca he sido curioso, palabra —sonrió Baxter. Ya no sentía calor, sino frío…

—Yo sí, y mucho, Carl. Tengo que aclararte una duda: si el del acordeón oye un disparo, seguirá tocando, y nadie vendrá a preguntar.

—Si estás aquí para poner a prueba a los curiosos, pierdes el tiempo.

—Lo pierdes tú al tantear si la mesa puede servirte de parapeto, Carl. Está empotrada. No es preciso que lo compruebes. Tampoco es necesario que mires la trayectoria. Es una especie de tiro que no falla. La culata sobre la rodilla, y el pulgar apuntando tu ombligo, más o menos. No falla.

Carl Baxter tragó saliva. La Imagen del cielo era, para él, una mesa en una terraza al aire libre, y a su lado Hazel, convertida en su esposa, porque había renunciado para siempre a ser detective privado.

—Es incomprensible todo esto, porque yo no he hecho ninguna pregunta, ni me importa nada de nada.

—Salvo que al mirarme te quedaste como quien ve visiones. Y citaste las cosas raras, y una señora fallecida que no lo estaba.

—Es porqué… una vez vi a un tal Franklin Arliss, y era clavado, pero lo que se dice, clavado, tu retrato.

Franklin Arliss dió una cabezada de aprobación.

—Y cuando salgas, a lo mejor te intriga. ¿Dónde viste a Franklin Arliss?

—Apeándose de un coche.

—¿En qué calle?

—Una de Santa Clara.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de bastante tiempo.

—No sabes cuándo, pero me recuerdas. ¿Tanto te gustan los

pelirrojos?

—Flacos y con tu pinta, poco.

—Hasta citar Santa Clara, has estado sincero, Carl. En la fecha mientes, porque puedes recordarme si me has visto hace poco.

Volvió Baxter a tragar saliva.

—El viernes de la semana pasada. Estabas abrazado a una señora, y me chocó porque ella estaba tiesa como un palo.

—No mientes. Y sólo queda por aclarar, un punto gracioso. Me viste en Santa Clara, y ahora me ves aquí. Y estabas de paso, ¿no? ¿Por qué, pues, había de sorprenderte el verme aquí? ¿Por qué habías de citar a la señora que murió para los periódicos y estaba viva para ti? Y, ya para acabar de tener la razón cuando apriete el gatillo, si eres del «Stella», que llegó a South Bay el sábado o el domingo, ¿cómo pudiste verme el jueves de la semana pasada?

Carl Baxter había ya calculado todas las posibilidades, y llegaba a una sola conclusión. Una bala alojada en el vientre al primer movimiento…

—Yo no te buscaba a ti, Arliss, sino que quería pruebas contra tu asesino. Soy Carl Baxter, un detective privado.

—Empiezas a ser sincero. Adelante.

—La noche del lunes estabas sobre el hombro de Percival Brent, que te conducía a un invernadero. Fui al Registro Estatal, y después comprobé que te dieron por desaparecido en Corea, y por fin, como muerto. Esta mañana he ido a ver a Brent y él me dijo que mi deber era ir al Departamento de Guerra, pero yo lo tomé por un cínico asesino. Me dijo que nunca viniera aquí, y lo tomé por una bravata. Y ahora, quisiera beber un trago de algo muy fresco. Lo necesito.

—Después, Baxter. Para el caso sigues siendo un problema. Si sales de aquí, volverás a ser un detective. Escucha, Baxter… He visto caer muchos buenos mozos a mi lado. Y no se metían en asuntos ajenos.

—Yo no te buscaba a ti… Renuncio, Arliss, renuncio. Tengo la cabeza como un tambor. En la casa del Oeste, uno mata a otro, que no se muere, y en la casa al Este, ocurre lo mismo. Una epidemia de muertos disfrutando de malas pulgas, se ha abatido encima de mí. Renuncio. Pero si has de apretar el gatillo, hazlo pronto. No puedo mover ni una pestaña, porque en esta barraca de feria, siempre toca premio para el tirador.

—Tienes temple, Baxter, o es que supones que no voy a dispararte.

—En lo que me queda de vida, renuncio para siempre a suponer. Hasta no hace más de un mes, yo vivía muy tranquilo, leyendo libracos de historia. Un detective llamado Flanagan murió, y yo seguí el caso que llevaba. Desgraciadamente, lo resolví. Y ahora, así estoy. Renuncio, porque tengo hartura de muertos resucitados. Parece ser que me estaba destinada esta especialidad, y le he cogido asco. Pero ¿por qué estoy aquí? Porque quería descubrir a tu asesino, y ahora tú… Bien, haz algo, Arliss o chillaré.

—Podemos llegar a un arreglo, si aceptas residir aquí, todo el tiempo que yo necesite.

—¡Años!

—Menos preciso yo. ¿Llevas arma?

—Una automática en mi bolsillo derecho, en lugar de pañuelo.

—Vivirás porque eres prudente y listo. Supiste comprender que un puntapié bajo la mesa, no desviaba, sino que mataba al imprudente. Conserva los codos sobre la mesa, y junta las manos, como si rezaras. Tendré que llamar a Adrián para que te ate las muñecas. Matarte es gastar un plomo en balde, y tengo mis caprichos. Cuando quedes libre, ya no podrás perjudicar a nadie.

Carl Baxter juntó las dos manos, cuyas palmas estaban muy sudorosas. Franklin Arliss impuso su silbido al acordeón. Un silbido largo, estridente. El acordeón calló.

Se oyeron pies deslizarse y tacones repiquetear. Las parejas abandonaban la pista. Apareció Adrián.

—Los brazaletes, Adrián. El fulano es un detective que buscaba al que me mató. ¿Gracioso, verdad?

Adrián echó sobre la mesa dos cercos de acero, dotados de pequeños tornillos en el resalté de junturas. Comentó:

—Allá tú, Frank. Pero si lo liquidas, saldrás ganando.

Y el dueño del «Punta Lobos» desapareció.

Franklin Arliss, con la zurda, alzó uno de los cercos.

—Sigue prudente, Baxter, y saldrás ganando en contra de la opinión de Adrián.

El cerco pasó por las dos manos juntas, deteniéndose en el borde de las mangas del chaquetón. El otro cerco se deslizó, y Franklin Arliss, siempre con la diestra oculta, fué girando las dos roscas. El

acero apretó…

—En realidad debo estarte agradecido. Buscabas a mi asesino. Si vienes conmigo, beberás algo fresco.

—Tú eres el amo, Franklin Arliss.

Por la pista desierta, Arliss, cogiendo de un codo a Baxter, se dirigió hacia el rellano del mostrador, y levantó un trecho de la chapa de zinc.

Una puertecita daba acceso a un local con paredes cubiertas de estantes, dónde se alineaban botellas.

Atravesado el local, otra puerta mostró dos escaleras. Una descendía.

—Hay habitaciones cómodas abajo. De todos modos, si la policía viene, tendré tiempo de liquidarte, Reza, pues, para que no venga la policía. Me has dado algo parecido a lástima, Baxter. Tampoco a mí me gustaría matar a uno que, sea por curiosidad sea por generosidad de alma, buscaba a mi asesino. ¿Brent, mi asesino? ¿Y la dulce Irene, de testigo? No resbalarás, Baxter. Tuerce a la derecha, y entra en la segunda puerta abierta. La luz es pobre, pero suficiente.

Donde entró Baxter había un camastro, una mesita y un escabel. Una bombilla desparramaba una luz escasa. Se respiraba olor a moho.

—¡Tu habitación, Baxter! Y el fresca. Estos brazaletes tienen una virtud. Si pretendes desenroscar con los dientes, te los mellarás. La cabeza que pude coger con los dedos, está muy hincada. Los conservarás hasta que yo termine mi tarea. Para comer, imita a los perros, que, al fin y al cabo, eres un sabueso. Para beber, paladearás, y remojando la lengua sacarás más placer. No es abusar, Baxter, sino simpatía que te he cogido.

Franklin Arliss abandonó el cuarto. Carl Baxter, sentado en el camastro, trató de ahuyentar la imagen del condenado a muerte, encerrado en su celda.

Si huía de Arliss, ¿cómo escaparía de Adrián y su clientela?

Regresaba Arliss, que dejó sobre la mesita un plato con rebanadas de pan y lonchas de fiambre, y una jarra de cristal con agua.

Había cerrado la puerta y se adosó contra ella.

—¿Qué supones que estoy haciendo aquí, Baxter?

—Perdonarme la vida, pero dándome sólo unos días o tal vez horas… Si no eres tú, será Adrián. No será él tan generoso como para dejarme salir. Trataré de pensar en cosas bonitas.

—¿Como por ejemplo…?

Carl Baxter en pie, inclinado, sumergió la boca en la jarra llena. Sorbió. Y oía:

—Adrián sólo se encargará de ti cuando yo me vaya, pero he de tardar en irme. Lo que sucede es que no me agradaría matarte, aunque sería lo indicado. Gracias.

Se enderezó Baxter, pero ya Arliss había saltado hacia atrás, llevándose la automática, que con rapidez acababa de extraer del bolsillo derecho del pantalón marinero de Carl.

Y abriendo la puerta, la cerró enseguida haciendo inútil la carrera de Baxter, puños en alto.

Una larga comprobación le permitió a Baxter averiguar que los dos cercos de acero solo podían ser quitados por una mano empuñando un destornillador.

Se tumbó boca arriba, para maldecir:

—¡Marcia Wilmott! Ojalá visites a Brent…

Se tumbó boca abajo, una vez hubo reparado mentalmente la injusta, maldición.

Susurró:

—Hazel…

Y así se durmió, porque la cabeza le dolía espantosamente, hasta que le amodorró la cesación de todo pensamiento.

CAPÍTULO X

Despertó dispuesto a permanecer en pie detrás de la puerta, hasta que ésta se abriera. Gruñó entre dientes. Había novedades. Los dos cercos de acero tenían un complemento.

Una cuerda le ataba desde los codos hasta la cabecera, pero no con nudos en los barrotes, sino pasando bajo la cama, y anudándose a los pies.

Tenía que permanecer boca abajo.

Ahora comprendía por qué Flanagan llamaba «perro oficio» el de detective privado. El riesgo de morir, era encorajinante, cuando se moría tan estúpidamente.

Tenía hambre, jaqueca, sed y dolor de estómago. Una delicia…

—Una delicia. Habla, Carl, o será peor. Marcia ve a Brent trasladando a Arliss al invernadero. Yo veo a Brent, y se lo digo. Él me envía aquí, y me encuentro a Arliss. Arliss no me mata, porque el plomo debe ir caro. Prefiere que me muera de hambre, sed y rabia.

Mordió la almohada.

—Hazel… No tienes apellido, porque deberías ser Hazel Baxter.

Lo que siguió fueron ya incoherencias. Dejó de delirar, durmiéndose. Notaba todo su cuerpo invadido lentamente por una ingravidez fantástica. No le podía extrañar nada ya…

Iba a remontarse, a volar, y en el cielo o el infierno, alguien le explicaría el misterio de los dos esposos de Irene.

Tendría que ser en el cielo, porque, al fin y al cabo, él no había cometido más pecado mortal que entrar en el «Punta Lobos». Mortal de necesidad.

En el cielo, encontraría a Hazel. Allí, las almas…

¿Por qué admitían en el cielo a Angus Alastair? Estaba

infestando el dulce ambiente con aquel olor a café… Y era poco respetuoso, el condenado periodista.

—Arriba ya, genio de la deducción. Estás acaparando sueño para todo el invierno.

Carl Baxter estimó que las almas no podían emplear aquel lenguaje. Ni tenían narices.

Él olía perfectamente el café. Fué progresivamente viendo los contornos. La habitación de Angus Alastair.

Él estaba tendido en la cama, y Alastair removía una taza de café, emitiendo poco después aquel magnifico, aquel elegante, aquel distinguidísimo chupetón, redondeando la boca como un angelito.

Desmayadamente, Baxter logró incorporarse, hasta quedar sentado, reclinado contra el respaldo camero.

—Angus… —susurró. Y su voz tuvo trémolos de apasionado cariño.

—Vaya con el hombre. Ya sabe mi nombre.

—Angus… —repitió Baxter, con mayor cariño.

—Estás desde hace dos días con sus dos noches en este cuarto, de mi honorable departamento de soltero. Si tienes fuerzas, y te he cuidado como una hermanita de la caridad, pregunta.

—¿Cómo… conseguiste darme la vida, Angus?

—Da asco oírte. Si le hablas así a una chica, se te desmaya en los brazos, lánguida de ternura.

—¿Cómo… me trajiste aquí?

—Yo no te transporté. Fué Franklin Arliss.

Carl Baxter adquirió renovado vigor. Su voz chirrió.

—Calla, bandido…

Hubo una pausa, y Baxter suspiró:

—Renuncio, Angus. Cuéntame lo que quieras.

—No puedo. Es secreto de Estado.

Carl Baxter susurró:

—Una taza de café, Angus…

Poco después, comprobó que sostenía la taza vacía, y que un grato color invadía su cuerpo, despejando su cerebro.

—Yo estaba en una cueva en un inmundo lugar de pesadilla, Angus.

—Lo soñaste, Carl. Tú ibas disfrazado, y tropezaste en una esquina. La sutura de la sien se abrió, y te recogieron…

—¡Mentira! ¡Todo el mundo miente!

—No eran loqueros los que te recogieron, Carl.

—Entonces, avísalos. Por favor, Angus Alastair. Tú mismo has dicho que fué Arliss el que me trajo aquí.

—Ya está bien, Alastair.

Carl Baxter ladeó la cabeza.

El teniente Ludwig Cardigan había estado reclinado a un lado del respaldo de la cama. Fué a sentarse a los pies.

—Buenos días, Baxter. Para empezar, le anuncio que le ha sido retirada la licencia.

—Amárralo, Angus. Me habla de licencias retiradas; ¿te das cuenta?

—Se lo advertí, Baxter.

—Usted me dijo que si había asesinato, y Franklin Arliss está muy vivo. Renuncio, renuncio. Vuelvo a mis historias de siglos lejanos.

—Usted debió comunicarme que las apariencias señalaban a Percival Brent como homicida en la persona de Franklin Arliss. Cuando le atendieron, después de su entrevista con Déborah Dickson, le registré, por pura rutina. Llevaba usted once fichas. Entre ellas la de Franklin Arliss. Podía tratarse, de meros comprobantes de la vecindad del chalet de John Smith.

—Angus: dile al señor teniente Ludwig Cardigan. Que lo único que quiero es arrodillarme ante Hazel para ver si puedo conmoverla y hacerla acceder a que emplee el apellido Baxter.

—Tiene que escucharme, Baxter.

—Cada cual a lo suyo, teniente. Usted ha resuelto el caso de Arliss, y yo quiero resolver mi vuelta a la normalidad. Detesto profundamente esta manía de meterse en las vidas ajenas.

—Muchacho: el teniente Cardigan quiere pedirle un solemne juramento. Deberás jurar que nunca viste a Franklin Arliss, y si contravinieras el juramento que ya ha prestado Marcia Wilmott, incurrirás en el delito de alta traición, por revelar un secreto de Estado.

—Veinte años —remachó Cardigan.

Carl Baxter pretendió reír, pero sólo dilató los labios.

¿Por qué estaban tan serios aquellos dos hombres? Refunfuñó:

—Juro, traigan la Biblia, y no quiero saber una sola, palabra

referente al llamado Arliss, cuyo apellido pronuncio por última vez. Lo juro teniente y ahora, dormiría a gusto, y serías doblemente un ángel, Angus si averiguas dónde ha ido a residir Hazel.

Cerró los ojos y se deslizó cama abajo. El pijama de Alastair le venía corto y estrecho, de hombros, pero era sedoso, acariciante.

De todo corazón renunciaba para siempre a sumergirse en mares misteriosos, que podían conducirle a la demencia.

Abrió los ojos. El calmante vertido en el café, le había hecho dormir sin sueños ni pesadillas.

Buscó a tientas la perilla de la luz. Respingó, porque una sombra blanca se levantaba a un lado de la cama, y una mano se aplicaba sobre la suya, contra la madera.

—Carl…

Carl Baxter gritó, nerviosísimo:

—¡Luz, quiero luz! ¡Angus!

La luz restalló, y Carl Baxter emitió dos sílabas… Una perfecta imitación del balido de un cordero.

—Ha —zel…

Su novia creyó necesario permitir el convulsivo abrazo, y a la vez explicar:

—He esperado tu despertar, y quería, encender la luz. Siento haberte asustado…

Los labios que recorrían la mejilla femenina, entablaron mejor contacto. Y poco después, Carl Baxter decía:

—Necesito quince días de clima de altura, Hazel. Y mucho bromuro. Quince días de luna de miel, en lo alto de un pico solitario. Tú y yo solos, y que no se oigan llantos de críos… Ya te explicaré, mi vida. Vámonos sin ver a nadie, o terminaré loco. Quince, días de paz… Tenemos los papeles preparados. Basta, pues, ir al juez de paz… Paz… y me la darás tú, Hazel Baxter.

* * *

Al décimo día de su luna de miel, en el parador alpino de la Sierra Nevada, Hazel Baxter vino a sentarse sobre las rodillas de su marido.

—El teniente Cardigan, Carl, opina que tu curación será completa, cuando hables con Marcia Wilmott.

—Realmente, he intentado luchar contra el pensamiento pero me vence. Estaré para siempre curado cuando sepa como de un asqueroso sótano, salté a la cama de Angus Alastair.

—Marcia Wilmott está en el vestíbulo, y… no me sentiré celosa si sube a visitarte.

—Ella tenía todavía que explicarme algo referente al piso del chalet de los Brent, y no estoy dispuesto a oírla.

—Pero sólo ella sabe la verdad sobre Franklin Arliss. Ella y, naturalmente el teniente Cardigan.

—El cliente viene a ilustrar al detective. Un buen final de carrera. Iré al vestíbulo, Hazel.

—Hay gente, y los dos habéis jurado, como lo hicimos Alastair y yo, que nunca se hablaría de Franklin Arliss.

—¡Dios, que suba ya Marcia!

Marcia Wilmott había cambiado. Se daba leve carmín en los labios, y llevaba el cabello suelto. En vez de gabardina, un deportivo abrigo de entretiempo.

—Celebro volverle a ver en tan agradables circunstancias, Carl.

—Y yo. Siéntese, Marcia.

—Gracias. El teniente Cardigan ha sido tolerante conmigo, no tomando en cuenta mis subterfugios para ocultarle la verdad, ya que había prometido ser leal, y…

Carl Baxter encendió un cigarrillo, y, forzando una sonrisa, atajó:

—El teniente Cardigan es un magnífico y santo varón, Marcia.

—Comprendo… El teniente Cardigan ha tenido la bondad de permitir que le informe de lo sucedido.

—Pudo venir él.

—Opinó que un federal incurría en responsabilidad perdiendo su tiempo, y que yo, que deseaba saludarle, era la más indicada para ratificarme en el inicio de nuestro conocimiento. Yo vi perfectamente al señor Brent trasladando el cuerpo inmóvil del señor Arliss…

—No lo dudo, pero sin el señor, llegaremos antes al final, Marcia.

—Los hechos sucedieron así: Franklin Arliss fué hecho prisionero. Se había alistado voluntario, porque su carácter no era idóneo para el matrimonio, según confesó a Irene, a los pocos meses

de casarse. Franklin Arliss era una bala perdida. En el campo de concentración, le propusieron salvar la vida. Habían tomado informes de su especial carácter, y le ofrecieron ser agente al servicio del espionaje norcoreano. Un barco le trasladaría a San Francisco, después de dar su nombre como baja en la lista de prisioneros muertos. Le sometieron a una prueba, que él realizó a satisfacción del espionaje enemigo.

—Había, pues, espionaje…

—Franklin Arliss no debía revelar su personalidad, y tenía que alojarse en el «Punta Lobos». Tenía por misión enterarse de los movimientos de buques de guerra. Salía algunas noches, y una tarde pretextó que iba a obtener datos sobre submarinos. Fué la tarde que le vi abrazar a Irene. A Irene le dijo que debía callar su visita, o de lo contrario, peligrarían muchas vidas. Irene lo interpretó como amenaza contra Brent. Calló. La noche del lunes, diecisiete, Arliss, ya próximo a obtener lo que deseaba quiso tranquilizar a Irene. Quería también tranquilizar a Brent. Iba a obtener la anulación del primer matrimonió. Pero la cocinera, muy fiel al señor Brent, vió en el mismo instante que Brent entraba en la salita donde se hablaban Irene y Arliss. Fué Arliss quien, sabiendo la fidelidad de la cocinera, propuso a Brent que fingiera matarle, y trasladarle al invernadero, para así poder continuar su misión. No podían explicarle a la cocinera la verdad. No podían decirle que Arliss iba a descubrir toda una vasta red de espionaje montada por el enemigo en South Bay.

—Ahora comprendo el regocijo de Brent, y su reiterado consejo de ir al Departamento de Guerra. Pudo decírmelo también Cardigan.

—Mi… el teniente Cardigan, lo ignoraba. Usted fué al «Punta Lobos», y delante de Adrián, no podía Arliss hacer otra cosa que lo que hizo. Cuando Adrián y otros numerosos traidores, fueron hechos prisioneros, Franklin Arliss lo trasladó a usted al domicilio del periodista Alastair, porque suponía que éste tenía indicios de su existencia.

—Comprendido todo, pero ya no hace falta mantener el juramento.

—Sí, porque Franklin Arliss está en la cárcel, con todos los demás.

—¡Castaña! A ver si terminamos ya de una vez…

—Se escapará, y volverá a Corea del Norte.

—Tiene deseos de morir por tercera vez, pero de veras. Allá él, como decía, Adrián.

—La cocinera sigue creyendo que Arliss fue enterrado en el invernadero. No le tenía aprecio y estimó que el señor Brent hizo muy bien en matarlo.

—El servicio secreto pudo cogerme de la oreja y evitar que me metiera en aquel infecto tugurio.

—Lo ignoraba.

Carl Baxter rió suavemente:

—Está usted muy bonita, Marcia. No hay malicia, en el comentario, puesto que soy un hombre enamorado de mi esposa, y que he renunciado para siempre a oír historias de muertos que resucitan.

—Comprendo que en poco tiempo ha sufrido usted emociones muy propias para aturdir.

—La última mi boda.

Se levantó Marcia Wilmott.

Acompañándola hasta la puerta, Carl Baxter no pudo evitar decir:

—Espero que el inquilino del primer piso que tenía recluida a una noctámbula más… será un caso que habrá resuelto Cardigan.

—El pobre señor tiene la desgracia de tener una hija retrasada mental.

—Diga que tiene la suerte. Ningún retrasado mental se despertará oyendo llorar críos. Sin rencor, Marcia. Y de ahora en adelante, cuando vea algo misterioso, acuda al teniente Cardigan.

Un leve sonrojo coloreó los pómulos de Marcia Wilmott al replicar:

—El teniente Cardigan estima, que puedo ayudarle en su casa, con mi sentido práctico. Se encontraba muy solo, y es un espíritu elevado.

—¡Enhorabuena! De todo corazón, Marcia Cardigan.

—Aun no. El mes que viene le ascienden a capitán. Buenos días, señor Baxter.

Carl Baxter paseó unos instantes por la terraza, cuando se reunió con Hazel, comentó:

—Arliss debió creer que podían oírle, y como es natural, tenía que seguir simulando…

—Juraste olvidarlo todo, Carl.

—Es que algunos puntos tengo que acabarlos de ver, ¿comprendes? Para mí ahora sólo existes tú.

Mas pese al beso de sincero amor que recibió, Hazel Baxter pensó que en el porvenir iba a tener una rival difícil; la imaginación del que, en cierto modo, como Franklin Arliss, prefería la aventura a la placidez del matrimonio.

De momento, se conformó con mucha complacencia, porque Carl Baxter era un marido que sabía con sus caricias dar el éxtasis del olvido.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 328 - L. Mesota.
▪ LA VENUS DEL ICEBERG

Núm. 329 - M.ª Esperanza Neyra.
▪ TU DESTINO SOY YO

Núm. 330 - Matilde Redón.
○ UN RAYO DE SOL

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 224 - María Adela Durango.
▪ SOLEMNE JURAMENTO

Núm. 225 - Desubel.
▪ TRAS LA TORMENTA

Núm. 226 - Inni de Figueroa.
○ PARENTESIS DE INQUIETUD

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 168 - M.ª José Salo.
▪ EL AYER DE MARIOLA

Núm. 169 - Lía Ramos.
▪ LUCHA DE ESTIRPES

Núm. 170 - María del Pilar de Molina.
○ EL CAMINO SOÑADO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 54 - M.ª Teresa Sesé.
▪ FLECHAZO

Núm. 55 - M.ª Pilar Caré.
▪ UN NOVIO PARA MARYSE

Núm. 56 - L. Mesota.
○ AMOR DE CARIDAD

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 269 - Kid Manner.
▪ EL TRIUNFO DE UN HOMBRE

Núm. 270 - Ref Segram.
▪ EL PECOSO

Núm. 271 - Rogers Kirby.
○ EL TERROR DE OKLAHOMA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 12 - Ricky Drayton.
▪ CRÍMENES EN HOLLYWOOD

Núm. 13 - Vic Peterson.
▪ EL CASO DE LAS NOCTAMBULAS

Núm. 14 - Kar Medusa.
○ ESPÍAS ATÓMICOS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 133 - Kent Miller.
▪ OKINAWA, PARAISO SANGRIENTO

Núm. 134 - Francis Rud.
▪ INTRIGA EN LA INDIA

Núm. 135 - George H. White.
○ 90 HORAS EN BLANCO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 7 - Chelo de Aduriz.
▪ HUELLAS DE ODIO

Núm. 8 - Isabel Salueña.
▪ EL FORASTERO

Núm. 9 - María Martí.
○ SU IDEAL EN UN MARCO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.
○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.